

BOLSILIBROS
BRUGUERA

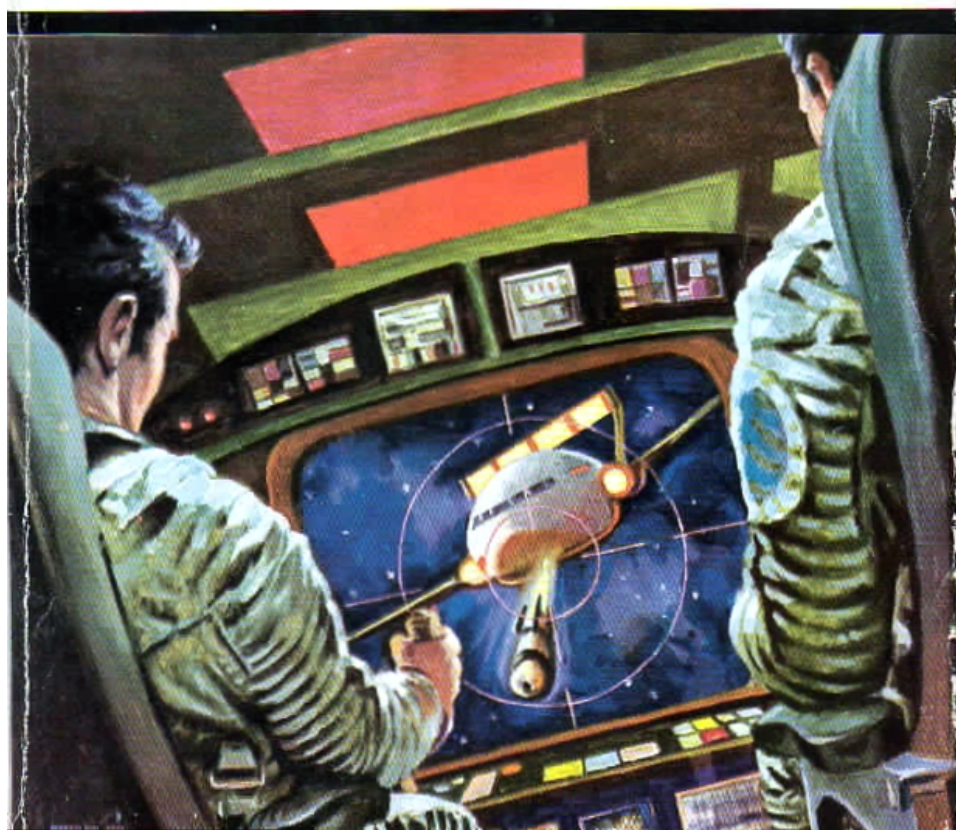
**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

LOS ULTIMOS MARCIANOS

glenn parrish

CIENCIA FICCION



CAPITULO PRIMERO

«...Y, en opinión del afamado arqueólogo y antropólogo, Dr. Penobsce, los últimos marcianos abandonaron el planeta no hace más de seiscientos años, como parecen demostrar los rastros hallados en la ciudad muerta de Kawanji, situada en el Pequeño Valle Azul, al norte de la Gran Syrte. Si ello fuera verdad, nos encontraríamos ante el descubrimiento más sensacional de todos los tiempos, ya que quedaría probado que todavía existían marcianos cuando las naves de Colón iniciaban su histórica travesía del Atlántico...»

Las, en apariencia sensacionales declaraciones del locutor de la televisión no interesaban demasiado a Ames Bengy, más conocido por Short entre sus amigos. En aquellos momentos, estaba muy ocupado acicalándose para acudir a una cita con una preciosidad, tras de la cual andaba rondando desde hacía ya algunas semanas. La fortaleza se había mostrado difícil, pero el asedio de Short parecía haber sido eficaz. Short estaba seguro de conquistar la plaza enemiga.

Y no pasaría de aquella tarde, se dijo, mientras, contemplándose ante el espejo, veía a un hombre de treinta y siete años temporales y veintinueve fisiológicos, de pelo y ojos negros, metro setenta y cinco de estatura y figura de bailarín clásico.

Era una apariencia engañosa. Los músculos de Short no estaban menos entrenados que su mente. Más de uno lo había comprobado a su costa, cuando ya era demasiado tarde: o había recibido una descomunal paliza o, antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, estaba ya detrás de unas rejas, con las pruebas de sus delitos en la fiscalía correspondiente al caso.

Porque Short Bengy era policía jurado, lo que significaba que, teniendo una amplia libertad para actuar como un particular, tenía también la autoridad necesaria para practicar arrestos de delincuentes, siempre que luego justificase en debida forma su acción.

Había prestado juramento de defender las leyes. Podía solicitar ayuda de la policía regular y también estaba obligado a ayudarla cuando fuera requerido para ello. Pero su independencia era muy grande, prácticamente, ilimitada.

En aquellos momentos, a Short se le importaba un pepino la ciudad muerta de Kawanji y los últimos marcianos. La beldad a punto de caer en sus brazos era todo cuanto le interesaba en aquellos instantes.

Se había acicalado especialmente para la ocasión: chaqueta muy ceñida, de «sedyl» gris azulado, muy claro, el tejido indestructible, incorrosible e ininflamable y que, además, era térmico: fresco en verano y abrigado en invierno; pantalones del mismo material, algo más oscuros, y botas de media caña, muy ajustadas, con tacones normales. A Short no le gustaba presumir de una estatura que no poseía.

Ciertamente, le habría gustado disponer de siete u ocho centímetros más de estatura, pero como había nacido con aquella constitución física, no hacía un problema de aflicción de algo que no podía remediar. Le bastaba su bien entrenada musculatura y su mente, siempre ágil y despierta.

La mente y el cuerpo, junto con una charla fácil, atractiva y simpática, le hacía irresistible o poco menos para las mujeres. No pedía más.

De pronto, sonó un zumbido intermitente.

—¿Quién me llamará? —masculló, enojado.

Rogando que no fuese nadie de importancia, abandonó el baño y apareció en el salón. Apagó el televisor y conectó el videófono, cuya pantalla era de las dimensiones suficientes para que las personas se viesan de tamaño natural y, por supuesto, en color.

—Señor Bengy —dijo la mujer.

Short parpadeó. Jamás había hablado con ella, pero había visto demasiadas fotografías para no reconocerla en el acto.

—Señorita Sword.

—Encantada de conocerle personalmente —dijo ella—. Deseo conversar con usted. Tengo algo que proponerle.

—¿Hoy? —preguntó Short.

—Sí.

—Debe de ser algo muy importante, señorita Sword.

—Lo es. Quiero que investigue oficialmente ciertas perturbaciones que han sufrido las naves de mi compañía. Por supuesto, la cuestión de honorarios no debe ni ser mencionada; aceptaré su minuta, por elevada que resulte.

Short calló unos segundos.

Delante de él tenía a una hermosa mujer de unos treinta años temporales y veintitrés fisiológicos, de pelo pajizo y ojos ambarinos, con el cuerpo de una diosa griega y vestida con la elegante sencillez que muy pocas mujeres sabían conseguir de sus modistos.

Cynthia Sword era, prácticamente, la propietaria de las Espaciolíneas Coaligadas, una poderosa empresa de transportes de pasajeros y mercancías a Marte. Poseía una fortuna incalculable y se contaba de ella mil chismes, referentes a amoríos y devaneos, aunque, hasta el momento, ningún hombre había conseguido un sí matrimonial en regla.

La mayoría decían que era fría como un témpano. Otros aseguraban que era una tigresa con figura de mujer, astuta y despiadada en los negocios.

Algunos aún decían cosas peores, que no podían ser publicadas en los diarios y revistas que se alimentaban de chismes sociales.

Todo ello lo sabía muy bien Short quien, sin embargo, jamás había tenido relación con Cynthia.

Hasta aquel momento. Muy oportuno, por cierto.

Posiblemente, Cynthia era más hermosa que la chica con la cual estaba citado, pero Short era todo un filósofo. Prefería en la mano una manzana de mediana calidad, que pudiera morder en el acto, a un árbol lleno de ejemplares dignos de dar envidia a los del jardín de las Hespérides.

Pero una cosa era que no corriese para conseguir siquiera una sonrisa de Cynthia, y otra que desatendiese la posibilidad de hacer negocio con ella. O de trabajar para su empresa, tanto daba. Ello le proporcionaría si realizaba con éxito el encargo, además de la recompensa pecuniaria, un prestigio mayor del

que ya gozaba.

—Bien, ¿qué decide? —preguntó Cynthia, impaciente por la respuesta que no llegaba.

—Suponiendo que acepte, ¿no le parece más conveniente una entrevista personal, mañana, en el lugar y hora que usted indique? —propuso Short.

—No está mal pensado —aprobó ella—. A las ocho de la mañana, en mi residencia campestre. Coordenadas E-5 y T-10.

Short se estremeció.

—¡A las ocho de la mañana! —repitió.

—¿Le da miedo madrugar? —se burló Cynthia—. En su oficio, a veces es preciso incluso pasarse noches enteras en vela.

—Estaré allí a las ocho en punto, señorita —prometió Short.

—Mil gracias, señor Bengy.

—Ah, un momento, señorita Sword.

—Dígame, señor Bengy.

—Por lo que he oído, esas perturbaciones no obedecen digamos a causas naturales, sino más bien provocadas y, hasta podría suponerse, de índole criminal.

—Sí —confirmó Cynthia sobriamente.

—En este caso, ¿no se le ha ocurrido conectar el interferidor de la señal audiovisual, a fin de que nadie pueda escuchar lo que estamos hablando?

—Señor Bengy, haga lo que haga, mis enemigos, pues estimo que así debo llamarlos, siguen todos y cada uno de mis pasos con toda puntualidad. Por tanto, hacer lo que usted ha sugerido hubiera sido un absurdo.

—Sorprendente —calificó Short.

—Exacto —dijo ella—. Buenas tardes, señor Bengy; no lo olvide, mañana a las ocho.

—Seré puntual —prometió él.

* * *

Después de la conversación, Short se quedó pensativo durante unos momentos, meditando en el diálogo sostenido con Cynthia. Muy grandes debían de ser los apuros de las Espaciolíneas Coaligadas, cuando recurrían al extremo de llamarle a él para que les solucionase el problema, en lugar de acudir a las Escuadras de Protección, las EPE, como se las conocía corrientemente.

Con toda probabilidad, habría de acudir a métodos poco ortodoxos, habida cuenta de que las dificultades anunciadas por Cynthia procedían también de causas nada corrientes. Bueno, se dijo, hasta el momento de la entrevista, disponía de doce horas de tiempo. Seguir pensando ahora en los problemas de la bella Cynthia no resolvería nada.

Había una chica que le esperaba, para pasar una gran velada. Ya se disponía a salir, cuando, de pronto, sonó de nuevo el intermitente de llamada del videófono.

Short presionó la tecla. La pantalla se iluminó en el acto.

Un hombre de algunos años más que él y rostro duro y hostil, se dejó ver de inmediato.

—¿Bengy? —dijo.

—Sí —contestó el policía jurado.

—Ha estado hablando con Cynthia Sword.

—Sí.

De pronto, Short divisó una mano en un discreto segundo término. Había otro hombre junto a su interlocutor.

—Lo siento —dijo el individuo, que no había facilitado su nombre—. Temo que no va a poder acudir a la entrevista.

De pronto, sacó algo que parecía un lápiz muy grueso, conectado a un cable negro, que se perdía fuera de la pantalla. Un vivísimo chispazo brotó del extremo del tubo y salió, restallando fuertemente, por la pantalla del videófono de Short.

Pero en el mismo instante, aquel chasqueante rayo de luz, regresó por donde había venido y alcanzó el pecho del individuo, en el que apareció de inmediato un pequeño círculo negro. El hombre gritó débilmente y cayó fulminado.

Short se echó a reír. La mano que había visto antes ya no aparecía a la vista, pero él estaba seguro de que había un

segundo individuo en el otro extremo de la línea.

—Amigo, cuando emplee un truco semejante, piense en los espejos: devuelven todo lo que reciben, lo mismo imágenes que descargas de superláser —exclamó jovialmente.

CAPITULO II

Entró en el restaurante, donde había de reunirse con la chica. De pronto, se encontró con un rostro conocido.

Era un hombre más joven que él, piloto de astronave. Short y Emil Stellus se conocían desde que cursaron los estudios secundarios en el mismo colegio.

La mano de Stellus se cerró sobre la de Short.

—Hola, viejo tiburón —saludó alegremente—. ¿Qué tripa se te ha roto por esteantro de vicio y perdición?

—Me gusta perderme en el vicio —rió Short—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo es que no estás trotando a bordo de una astronave?

—Zarpamos mañana. Voy a Saturno.

—Oh, un viaje muy bonito. Llevarás la cámara fotográfica, supongo.

Stellus hizo una mueca.

—He estado allí un montón de veces. Para mí, es un viaje de rutina.

—Si tú lo dices... ¿Cuál es el objeto del viaje?

—Hielo, Short.

El policía arqueó las cejas.

—¿Hielo? —repitió.

—Sí. Ya sabes que los anillos de Saturno están compuestos por millones de diminutos fragmentos, procedentes de la explosión de un satélite que orbitaba alrededor del planeta. Los materiales de que están compuestos esos fragmentos son de muy diversas clases, pero un gran número de ellos son hielo puro.

—Sí, eso ya lo sé —manifestó Short.

—Bueno, nosotros vamos a los anillos de Saturno, elegimos el trozo conveniente, le colocamos unos cohetes propulsores, debidamente programados y lo ponemos en órbita hacia Marte. Eso es todo lo que te puedo decir.

—Emil, una operación semejante no es barata —opinó el policía—. ¿Quién demonios se gasta cientos de millones en llevar bloques de hielo a Marte?

Stellus se encogió de hombros.

—Sólo puedo decirte que la operación se realiza con personal y naves de las Espaciolíneas Coaligadas —contestó—. Si te interesan más detalles, tendrás que hablar con el director de explotación o con...

—No, no, muchas gracias, Emil, era simple curiosidad. Pero me gustaría saber una cosa, si no hay inconveniente.

—Sí, desde luego.

—¿Cuánto pesa uno de esos bloques? Porque, aunque les llames diminutos fragmentos, los hay que miden decenas de kilómetros.

—Pues, verás; el último que transportamos, y es de un tipo medio, tenía cinco kilómetros de largo, por tres de grueso y otro tanto de altura. Hielo puro, es decir, hidrógeno y oxígeno combinados, que en tiempos fueron agua y ahora está congelada por el frío del vacío sideral.

Short emitió un largo silbido.

—Cuarenta y cinco kilómetros cúbicos —calculó rápidamente—. Eso supone...

—Cuarenta y cinco millones de metros cúbicos. Al fundirse, dado que el hielo ocupa siempre más espacio que el agua, darán unos cuarenta y un mil kilómetros de toneladas de agua pura y potable.

—Una enorme ventaja para Marte —dijo Short, admirado.

—Así es, aunque la operación, como has dicho antes, va a resultar carísima. Pero eso ya no es cuenta mía, viejo tiburón. Bueno, me voy o se me hará tarde para preparar el equipaje.

Stellus se marchó. En aquel momento, Short vio una blanca mano que se agitaba para llamar su atención y perdió por completo todo su interés por los anillos de Saturno y el agua para Marte.

La chica se mostró mimosamente reprochadora por la tardanza de su compañero de diversión.

—Nena, he tenido que trabajar —se disculpó Short—. Y si

no trabajase, ¿quién iba a pagar la elevada factura que nos pasarán en esta cueva de bandidos por la cena que tú y yo vamos a consumir ahora mismo?

Era un argumento irrefutable y, en señal de perdón, la chica ofreció sus jugosos labios al policía. Pero, aunque no lo deseaba, Short seguía preocupado por la llamada de Cynthia Sword.

* * *

La mujer subía y bajaba de un modo estremecedor. Short la contempló críticamente, apoyado en el tronco de un árbol de frondosa copa.

Cynthia hacía ejercicios de cama superelástica, cuya superficie se hallaba a tres metros del suelo. La elasticidad del artefacto, por otra parte de anchura muy superior a la normal, para prever accidentes, era tal, que había veces en que Cynthia alcanzaba veinte y más metros de altura.

Durante las subidas y las bajadas, Cynthia realizaba agilísimos movimientos gimnásticos con brazos y piernas e incluso con torsión de cintura. Short se sentía admirado por aquella faceta de la joven, que le resultaba sorprendentemente desconocida.

Al fin, Cynthia dio por terminado el ejercicio y, después de un par de saltos de frenado, volteó por uno de los bordes, sujeta con las manos, y descendió al suelo. Vestida con una malla negra de gimnasia, se acercó a Short, mientras se quitaba la redecilla que sujetaba su frondosa cabellera.

—Ha sido puntual —elogió, con cálida sonrisa.

—Me ha costado, pero merecía la pena. Es usted toda una gimnasta consumada.

—No me gusta enmollecarme —respondió ella, todavía con la respiración agitada, a causa del ejercicio—. Ahora nos servirán el desayuno aquí, en el jardín; mientras, con su permiso, voy a cambiarme de ropa para bañarme antes de tomar algo.

—Muy bien, a su gusto, señorita Sword.

—Llámemme Cynthia, detesto los formulismos, en según qué casos —dijo ella por encima del hombro, mientras se alejaba hacia el edificio situado a una cincuentena de pasos de distancia.

Al quedarse solo, Short encendió un cigarrillo y paseó la vista por el lujoso conjunto que le rodeaba. «Dinero, dinero en cantidades inimaginables», pensó.

Un enorme parque, una piscina, con forma deliberadamente artificial y una casa de dos plantas, la que, sin haber visto todavía, se imaginaba decorada con gusto exquisito por artistas de fama mundial.

Una doncella vino con un carrito, en el que se divisaban todos los elementos del desayuno. Short decidió servirse una taza de café.

La piscina estaba a pocos pasos. El cigarrillo voló hacia el agua de una manera maquinal. Una columna de vapor blanquecino brotó en el acto del punto de caída.

Short frunció el ceño. Aquello no era normal, se dijo. En lugar de humear, el cigarrillo debiera haberse apagado.

Una súbita sospecha se infiltró en su mente. Examinó los distintos platos del desayuno. En uno de ellos vio lonchas de jamón braseado.

El plato entero fue a parar al agua de la piscina. Más humaredas se elevaron en el acto del punto donde había caído el jamón.

Cynthia llegaba en aquel momento.

—Eh, no les eche comida a unos peces que no existen —protestó.

Short se volvió y la miró largamente. Ella se había puesto un dos piezas para bañarse. Junto a una de las sillas del jardín había una bata corta de baño.

—No echaba comida a los peces —respondió Short gravemente.

Agarró un segundo plato, con rebanadas de pan tostado y lanzó su contenido a la piscina.

El agua volvió a humear. Cynthia gritó:

—¿Qué es esto? —preguntó, estremecida.

—Usted hace ejercicios todas las mañanas. Después, nada un rato en la piscina.

—Sí, en efecto.

—Bien, entonces, alguien que lo sabía sustituyó el agua por ácido.

Cynthia se puso pálida. Las piernas le temblaron y tuvo que sentarse en una silla.

—Es... horrible... —dijo—. Ahora... debería estar ahí... disolviéndome..., corroída por... ¿Qué ácido es? No huele, no humea.

—Supongo que debe ser neosulphur, una variedad recientemente descubierta del sulfúrico, mucho más corrosivo y tan insípido, inodoro y transparente como el agua pura. Cuando vacíe la piscina, le quedará hecha una lástima, se lo aseguro.

—Eso no importa ahora. ¿Cómo han colocado el ácido en lugar del agua?

—Bueno, conectando el transporte a la tubería. Ahora sería conveniente averiguar de dónde se han traído esas docenas de toneladas de ácido, cosa nada fácil, ciertamente.

—Ha tenido que costar mucho. ¿Por qué no han empleado otro método más barato en dinero y en trabajo?

—De haberse bañado en el ácido, usted hubiera desaparecido absolutamente, como si jamás hubiese existido.

Cynthia comprendió el alcance de la respuesta e hizo un gesto de asentimiento.

—Por favor, deme un poco de café —dijo, desmayadamente.

De pronto, lanzó un chillido.

—¡Estará envenenado!

Short rió suavemente.

—No. ¿Para qué poner veneno en el café, si no se lo iba a tomar? —respondió, a la vez que señalaba con la cabeza la piscina.

—Sí, es cierto, Short. ¿Cómo lo descubrió?

—Por casualidad. Encendí un cigarrillo y, al terminar, tiré la colilla al agua. Salió demasiado humo y eso atrajo mi

atención. Probé con el jamón braseado, con el pan y, por fortuna, no he tenido necesidad de probar con usted.

—Estoy de acuerdo —dijo Cynthia, ya con la taza y el plato en las manos—. Short, ¿ha meditado sobre mi proposición?

—Supongo que debo aceptarla, ¿no es así?

—Lo estimaré infinito. Y, como ya le dije, abonaré su minuta, sin regateos...

—Dejemos eso por ahora —cortó Short—. ¿Cuáles son los problemas de sus naves?

—La mitad no llegan al punto de destino. Y las que lo consiguen, llegan con enorme retraso. Quiero que solucione este problema, Short.

—¿Por qué no llegan algunas de sus naves?

—Se pierden en el espacio. Entonces, ya no se vuelve a saber de ellas.

—¿Y las que llegan tarde?

—Dificultades de aprovisionamiento de combustible.

—¿Sus naves orbitan automáticamente o tripuladas?

—Las que sólo llevan mercancías, orbitan automáticamente. Cuando además llevan pasajeros, van tripuladas; lo exige la ley.

—Bien, ¿cuáles son las naves que más se pierden: las de mercancías o las de pasajeros?

—Las primeras. Ninguna de pasajeros se ha perdido hasta ahora —contestó Cynthia—. Y, lo curioso del caso, es que todas las naves perdidas o retrasadas lo han sido durante el trayecto Tierra-Marte y no a la inversa. Todas las que vuelven de allí, lo hacen sin la menor dificultad y con puntualidad cronométrica.

CAPITULO III

—Sigamos hablando —propuso Short, después de una corta pausa destinada a tomar una segunda taza de café—. ¿Qué clase de mercancías transportan sus naves a Marte?

—Todas —contestó Cynthia.

—¿No hay algún elemento en particular que haya podido llamar la atención de unos posibles piratas del espacio?

—No. Al menos, así lo creo yo.

Había cierta vacilación en la voz de Cynthia, lo que Short captó de inmediato.

—Tendrá que permitirme examinar los manifiestos de embarque de las naves perdidas —pidió él.

—Sí, desde luego. Agatha Ford, la directora mercantil, le atenderá con mucho gusto.

—Gracias. Otra cosa más: yo viajaré, de incógnito, por supuesto, en la próxima nave que se dirija a Marte exclusivamente con mercancías.

Cynthia le miró intrigada.

—Va a correr graves riesgos —profetizó.

—¿Para qué me ha contratado usted? —rió Short—. En realidad, los riesgos empezaron ayer, apenas terminamos de hablar.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que quiere decir? —se sorprendió ella.

—Venga y se lo explicaré.

Cynthia se puso en pie y siguió al policía jurado hasta la casa. Apenas cruzó el umbral, Short se percató de la extraña decoración utilizada para ambientar el interior.

Era un estilo totalmente nuevo para él, sobrio, funcional, pero tremendamente atractivo, que no se parecía a ninguno de los que conocía, presentes ni pasados. Parecía muy futurista y muy antiguo al mismo tiempo y, en todo caso, revelaba el hábil toque de una mano maestra.

—Me gusta —elogió, mientras se acercaba al videófono—.

¿Tiene grabadora de conversaciones? —preguntó.

—Por supuesto —contestó Cynthia.

Short se acercó al aparato y sacó un cartucho de cinta grabada del bolso que pendía del lado izquierdo de su cinturón. Presionó la tecla correspondiente y la pantalla se iluminó en el acto.

Enormemente sorprendida, Cynthia asistió a la reproducción del diálogo sostenido la víspera por Short y el desconocido. Con no menor asombro, y también muy asustada, vio la muerte del sujeto, causada por aquella extraña descarga.

—¿Qué ha sido? —preguntó, cuando hubo terminado la grabación.

—Una descarga de superláser, enviada a través del canal de comunicación y precisamente en la onda milimicrométrica correspondiente a mi videófono. Esa descarga sale a través de la pantalla, con un potencial de varios miles de voltios y fulmina al que la recibe.

—Pero usted no...

—Cynthia, aunque sea inmodesto el decirlo, soy ya perro viejo y no es la primera vez que me ocurre una cosa semejante. En la primera ocasión, me salvé por centímetros, solamente porque mi atacante anduvo un poco remiso en la acción. Eso me hizo pensar que no podía permitirme una distracción semejante para la próxima vez.

—Bien, pero, ¿qué es lo que ha devuelto la descarga?

—El que intentó asesinarme no sabía que me veía a través de un sistema de espejos, lo que me permitía hablar sin estar frente a la pantalla. El segundo espejo tiene, al otro lado del vidrio azogado, un reflector de un metal especial, capaz de resistir hasta cincuenta mil voltios antes de fundirse. Sencillamente, es como si yo le hubiese disparado a él con un proyector análogo al que usó contra mí.

—Ahora comprendo —murmuró Cynthia—. Pero, ¿cómo se le ocurrió que podían atacarle?

—También con usted usé el mismo sistema de espejos.

Cynthia le miró y sonrió. Pero, de repente, se puso muy seria.

—No sé cómo tengo humor de reír —dijo—. He estado a punto de sufrir una muerte horrible...

—Haga que vacíen la piscina. Y, si no tiene inconveniente, antes de que el día acabe, yo mismo vendré a instalarle un sistema de protección idéntico al mío. En lo sucesivo, y mientras duren las actuales circunstancias, lo usará siempre, incluso para hablar con la persona de mayor confianza. ¿Entendido?

—Sí, Short.

—Y ahora, vayamos a otra cosa. Quiero que me ayude a identificar al cómplice del frustrado asesino.

—¿Cómo? No he visto más que a un hombre...

—Aguarde un momento, por favor.

Short reprodujo la escena nuevamente y puso la pantalla en paro, cuando mejor se veía la mano del cómplice. Luego, manejó el mando de aumento, hasta que la mano ocupó casi toda la pantalla.

—Ahí está el cómplice —dijo—. Lo suficientemente estúpido para no situarse por completo fuera del campo del objetivo.

—Una imprudencia terrible —convino Cynthia— ¿Por qué se comportó de esa manera tan estúpida?

—Seguramente, quería divertirse viéndome morir electrocutado. Imagínese la cara que puso, cuando vio que el que caía fulminado era su esbirro. Pero, ¿no se ha fijado en la mano?

Cynthia se acercó un poco más a la pantalla. De pronto, lanzó un grito:

—¡Es León Meeker, mi director adjunto de Coordinación!

—Ha reconocido el anillo, ¿no es así? —sonrió Short, a la vez que señalaba la enorme sortija, adornada con un curioso conjunto de piedras preciosas, que lucía en la mano del sujeto.

—Sí, es inconfundible. Usted... —añadió pasmada—, supo que yo lo reconocería...

—Elemental, querido Wats..., perdón, apreciada Cynthia —dijo Short irónicamente—. Tengo la seguridad de que todos sus problemas están originados por gente de su propia empresa. Y

si en ella andan individuos ajenos a la misma, no cabe la menor duda que necesitan cómplices entre el personal de Espaciolíneas Coaligadas. Meeker es uno de esos cómplices.

Cynthia asintió.

—¿Y el hombre que intentó matarle? —inquirió.

—Un asesino pagado —diagnosticó Short lacónicamente.

—Salgamos —propuso ella—. Necesito tomar el aire.

—Muy justo —accedió el policía.

Cuando asomaban a la terraza, que daba a la piscina, vieron a un hombre junto a la mesita del desayuno, que todavía no había sido retirada. El individuo tenía en la mano algo que parecía un frasquito, cuya boca estaba inclinada sobre la cafetera.

Short comprendió en el acto que se trataba de un asesino, quien estaba poniendo en el café alguna sustancia tóxica. Sin dudarle un momento, desenfundó su pistola que pendía del lado derecho de su cinturón.

Solamente usaba armas cuando se le encomendaba un caso con posibles implicaciones criminales. Short llevaba entonces la pistola de choque, un arma que disparaba bolas de dos centímetros de calibre, las que contenían aire sometido a una elevadísima presión. Al rozar el menor obstáculo, la cubierta del proyectil se rompía y el aire se expandía con tremenda violencia, causando en el cuerpo del atacado los mismos efectos que el puñetazo de un pugilista de pesos pesados.

Era un arma no mortal, pero que permitía obtener buenos resultados, ya que el que recibía el proyectil quedaba atontado, lo que favorecía luego un pertinente interrogatorio. En aquella ocasión, era la mejor arma que Short podía utilizar.

Un poderoso grito brotó de sus pulmones

—¡Alto!

Tendió el brazo izquierdo y apoyó en él la mano derecha. El intruso escapó a la carrera.

Short disparó. En el instante en que salía el disparo, el intruso hizo un extraño, posiblemente, iniciando un zigzag que le permitiera eludir los disparos. Pero no fue tan rápido que el proyectil de choque no le alcanzase en el costado izquierdo,

estallando acto seguido con fortísimo chasquido.

Los efectos fueron sorprendentes. El envenenador resultó lanzado hacia su derecha, como si le hubiesen golpeado en el lado opuesto. Estaba a dos metros de la piscina y voló un instante por los aires, antes de sumergirse en el líquido.

Cynthia, horrorizada, chilló agudamente. El intruso emergió un instante, lanzando espeluznantes alaridos, al sentir sus carnes corroídas por el ácido. Era un líquido de acción poco menos que instantánea y ya se desprendían de sus mejillas largos jirones de piel y carne.

La escena duró escalos segundos. Casi en el acto, el envenenador se sumergió para no salir más. Humo muy espeso brotaba del lugar donde había caído y su olor no resultaba precisamente agradable.

Short torció el gesto.

—Cynthia, antes dijo que necesitaba tomar aire —le recordó—. Pero me parece que esta atmósfera no está lo que se dice muy perfumada.

La joven asintió y regresó a la casa. Short vio algo en el suelo, lo recogió cuidadosamente.

Era el Frascito que contenía el líquido derramado por el envenenador en el café. Short lo guardó; un análisis podía darle pistas muy interesantes para el mejor desarrollo de su misión.

Al atardecer de aquel día, Cynthia tenía ya instalado el sistema protector de espejos. Short se despidió de ella.

—Mañana iré a hablar con Agatha Ford —dijo, sonriendo—. La compra de todos estos artefactos y su montaje me han consumido la mayor parte del día.

—Avíseme cuando tenga noticias —pidió Cynthia.

—Descuide.

Short volvió a su casa al anochecer. Leyó la correspondencia en la que no encontró nada interesante, y después de tomar un par de bocadillos, se sentó frente al televisor. Quería pasar un poco de tiempo antes de irse a dormir; el día había sido un poco movido y se sentía algo fatigado.

De repente, algo llamó su atención. Era un reportaje

filmado sobre la ciudad muerta de Kawanji, en Marte.

El arqueólogo doctor Penobscue era el autor del reportaje y de las explicaciones complementarias. Un dibujante, colaborador suyo, había reconstruido diversas escenas de la vida de Kawanji, seiscientos años antes, reproduciendo, incluso, la vestimenta de los marcianos, cuya figura, por lo demás, era idéntica en todo a la de los terrestres.

Penobscue dijo, además, que era muy posible que los marcianos realizasen sacrificios humanos, para aplacar la ira de sus dioses y, en apoyo de sus afirmaciones, enseñó un rarísimo cuchillo de enormes dimensiones, con hoja, declaró, de una variedad de obsidiana volcánica, y empuñadura de oro. Era un cuchillo ritual, que sólo se utilizaba en aquellas bárbaras ceremonias.

Luego, el arqueólogo continuó hablando de sus descubrimientos y sus teorías. La pantalla mostró ahora el interior de una vivienda marciana, tal como Penobscue suponía debía ser, según sus investigaciones.

Short vio el dibujo y se quedó sin aliento.

Salvo pequeños detalles no fundamentales, la decoración de la vivienda marciana y la de la casa de Cynthia Sword eran idénticas.

Casi como dos gotas de agua.

CAPITULO IV

Las sorpresas no habían terminado para Short.

A la mañana siguiente se llevó otra cuando conoció a Agatha Ford.

La directora mercantil era una hermosa mujer de treinta y nueve años temporales y treinta y uno fisiológicos, de cabellera como ala de cuervo y contornos de Venus. Además, sonreía con frecuencia y parecía muy afectuosa y servicial.

—¿Soltera? —preguntó Short, tras los primeros saludos.

—¿No se lo ha dicho Cynthia? —rió Agatha—. Además, ¿qué interés puede tener para usted...?

—Si es soltera, la invito a cenar esta noche en el Alhambra.

—Será una cena de dieta; tengo que cuidar mi línea, Short.

—Pida usted lo que quiera; en cuanto a mí, estoy seguro de que no probaré bocado. Me pasaré todo el tiempo mirándola embobado.

Agatha rió argentinamente.

—Es usted muy directo en sus ataques —comentó.

—Sí, lo soy; y ahora que ya sabemos lo que haremos a las siete y media, hablemos de otras cosas, Agatha.

—Muy bien, Short. Cynthia me llamó ayer y me dijo que procurase cooperar con usted. ¿De qué se trata?

—Necesito una lista con todos los nombres de las astronaves que se han perdido en viaje a Marte, así como las que, por un motivo u otro, sufrieron retrasos en su horario.

—Haré que le traigan una copia del informe que redactamos para las EPE. De este modo, ganaremos tiempo...

—Estando frente a usted, el tiempo no cuenta para mí, Agatha.

Ella lanzó otra risita. Luego habló por un interfono brevemente.

Momentos después, entró un empleado con un cartucho de cinta grabada en la mano...

—Señorita Ford...

—Gracias. Robert —contestó Agatha.

La «cassette» pasó a manos de Short.

—Puede reproducirlo en cualquier videófono —indicó

—¿Están todas las naves perdidas? —preguntó él.

—Sí, claro.

—Supongo que, junto al nombre y clase de la nave, figura la carga, es decir, el manifiesto de embarque.

—Desde luego. Tuvimos que hacerlo así, a requerimiento de la Escuadra de Protección Espacial número seis, que es la que se hizo cargo del caso.

—Sin resultados, hasta ahora.

—Sin resultados —corroboró Agatha.

Short se puso en pie.

—¿A las siete y media? —sonrió.

Las pestañas de Agatha, largas, muy espesas, aletearon, maliciosamente.

—Seré puntual, Short —prometió.

El policía se dirigió hacia la puerta. De pronto, antes de salir, se volvió hacia la mujer.

—Agatha, ¿puede decirme dónde vive Meeker, de Coordinación?

Ella se sorprendió de la pregunta, pero dio la respuesta sin vacilar:

—Perspectiva 43, 2.991, 49^a. planta.

—Gracias, hermosa.

—Un momento, Short. ¿Por qué me lo ha preguntado?— quiso saber ella.

—Quiero hacerle una visita privada. Pero le agradeceré que no le diga nada. Fuimos, antiguos amigos y deseo darle una sorpresa.

Agatha sonrió.

—Seré discreta —prometió.

Era curioso, se dijo Short, después de haber repasado el informe media docena de veces, a fin de grabarlo perfectamente en su memoria. Todas las naves perdidas o averiadas, llevaban la misma clase de cargamento a Marte.

Y todas las naves, así como su cargamento, estaban consignadas a un tal W. T. Keryvan, gerente general de la Sociedad de Fomento y Desarrollo de la Vida en Marte, Short suponía que los directivos de la SFDVM debían de haber puesto el grito en el cielo, cada vez que se les anunciaba la pérdida de una de las naves fletadas, así como la carga.

El destino de las naves era Punta Norte en el Pequeño Valle Azul. Abundaban los nombres poéticos en Marte, pensó Short, mientras hacía proyectar en la pantalla un atlas del cuarto planeta.

Short hizo pasar distintas regiones ante sus ojos, hasta llegar a la zona situada al norte de la Gran Syrte. Moviéndose el mando de aumento y el Pequeño Valle Azul surgió ante sus ojos.

Kawanji, último resto de la extinguida civilización marciana, se hallaba, según el mapa, a menos de diez kilómetros de Punta Norte, un risco que sobresalía en la llanura, como un promontorio que se adentraba en el mar. Realmente, el Pequeño Valle Azul —había otro, pero estaba mucho más al Sur y era veinte veces mayor—, era un enorme cuenco, de suaves pendientes, que medía unos sesenta kilómetros de largo por cincuenta de ancho.

Proyectó un mapa topográfico de la zona, con curvas de nivel cada veinticinco metros. Los detalles eran minuciosos. El punto más alto del valle estaba a unos ochocientos cincuenta metros sobre el fondo. Las colinas, salvo en Punta Norte, eran suaves laderas, redondeadas por la erosión de los siglos.

Por el centro del valle corría una larga hendedura, la que, según el mapa, medía unos doscientos cincuenta metros de ancho por treinta de profundidad. El trazado era de largas y suaves curvas y el supuesto canal atravesaba el valle de Norte a Sur, cruzando por sendos pasos abiertos en las colinas.

Podía haber sido un gran río, en tiempos remotos, millones

de años antes, pensó Short. Casi en el centro del valle, había una depresión de unos cuatro kilómetros de largo por tres y medio de anchura. Parecía como si fuese el lecho desecado de un antiguo lago.

Kawanji, la ciudad muerta, estaba sobre una vasta meseta, a unos mil metros del río y el lago secos. Debió de haber sido un emporio de riqueza y civilización. Ahora no era más que un conjunto de ruinas, medio sepultadas por la arena.

De pronto, sonó la señal de llamada del videófono.

Era Cynthia.

—¿Ha conseguido algo, Short? —preguntó la joven.

—Estoy trabajando en ello, con ayuda de un magnífico atlas de Marte.

—Interesante —comentó Cynthia.

—Empiezo a forjar una serie de hipótesis, pero todavía muy nebulosas. Por eso no quiero anticipar nada todavía.

—Muy lógico, Short.

—Gracias, Cynthia. A propósito, ¿cuándo zarpa la próxima nave de carga?

—Dentro de seis días, de nuestro astropuerto privado.

—Bien, ya hablaremos de este asunto llegado el momento. Gracias por todo, Cynthia.

—¿Ha hablado con Agatha? ¿Qué le ha parecido?

Short lanzó una risita.

—A juzgar por lo que he visto hasta ahora, las Espaciolíneas Coaligadas son una sociedad matriarcal. El matriarcado, pese a lo que puedan decir los masculinistas fanáticos, no deja de tener sus ventajas.

Cynthia sonrió.

—Es una directora muy competente —elogió.

La comunicación se cortó. Short se dispuso a encender un cigarrillo, pero antes de que pudiera ponérselo en los labios, sonó el timbre de llamada a la puerta.

Cruzó la sala, pero no llegó hasta la puerta, deteniéndose a cinco o seis pasos de la misma. Presionó un pulsador situado junto a la pared y la puerta giró a un lado, dejando ver al visitante.

—Señor Short —dijo el hombre.

—Pase, por favor, y tome asiento —rogó el policía jurado.

—Me llamo Silkors, Rufus Silkors. Llámeme por el nombre, se lo ruego.

—Está bien, Rufus.

Silkors se sentó en un sillón. Era un hombre de mediana edad, vestido con ropas que le estaban grandes y de aspecto melancólico.

—He oído decir que piensa investigar la pérdida de las naves de la empresa Espaciolíneas Coaligadas —dijo Silkors, tras unos segundos de pausa.

—Sí, pero ¿quién se lo ha dicho...?

Una triste sonrisa se dibujó en los labios delgados del hombre.

—Se han perdido casi una docena de naves. Las EPE no han conseguido nada. Parecía lógico pensar en un policía jurado para desvelar el misterio. Calculé que sería usted... y he acertado —respondió Silkors.

—Rufus, usted parece tonto, pero no lo es —observó Short sin rodeos—. ¿Por qué no termina de hablar y expone de una vez su querella?

—Ah, cree que es una querella.

—Llamémosle de ese modo, ¿no le parece?

—Si usted lo desea... Short, por favor, abandone el caso. No investigue... ¡O la maldición de Hriim caerá sobre usted!

El joven respingó.

—¿Hriim? —repitió.

—Sí. La deidad tutelar de Kawanji. Nadie debe volver allí; Hriim maldijo a la ciudad y a sus habitantes y a los hijos de los hijos de sus habitantes... No luche usted contra el destino, se lo ruego.

—Rufus, a decir verdad, me pasma ver que es usted un hombre supersticioso —dijo Short.

—No se trata de superstición, sino de la pura realidad. En fin, si insiste...

—He sido contratado para averiguar los motivos de la pérdida de unas astronaves y seguiré hasta el final.

Silkors meneó la cabeza.

—Lastimoso —dijo.

Y, de repente, sacó una pistola, apuntó al dueño de la casa y apretó el gatillo.

CAPITULO V

Una serie de estrías se formaron de pronto en el aire, todas ellas situadas en un plano vertical. Silkors abrió la boca, estupefacto.

—¡Hay un muro de vidrio blindado! —gritó.

—Pues, ¿qué se creía? —contestó Short, con la sonrisa en los labios—. Es una precaución que tomo siempre, cuando recibo a personas desconocidas...

De repente, Silkors arrancó hacia la puerta y escapó, dejando a Short con la palabra en la boca. El joven corrió hacia el interruptor que accionaba el muro de cristal protector, pero la señal de funcionamiento se apagó a los pocos instantes, cuando el muro se había elevado apenas treinta centímetros.

Short lo apreció en la altura de las estrías causadas por el impacto de la bala. El espacio que había entre la base del muro y el suelo era muy pequeño y le costó bastante pasar al otro lado.

Cuando lo consiguió, Silkors había desaparecido.

Frustrado, regresó al piso de nuevo. Con ojos críticos, examinó el impacto causado por la bala salida de la pistola de Silkors.

Era una «Ultra», de 16 mm. y alta velocidad. De haberle alcanzado el proyectil, habría atravesado su cuerpo con toda facilidad. El impacto causaba estragos en un organismo humano y era fácil adivinar que el choque de la bala con la pared de vidrio, había provocado un ligero desequilibrio en sus ranuras, motivando su paro.

Pasó de nuevo al otro lado y empezó a reparar los mecanismos. Media hora más tarde, dio la labor por concluida.

Pensó en Silkors. Tenía la impresión de que el hombre no actuaba por interés económico. Pero si no era así, ¿qué otros motivos le impulsaban a un ataque tan poco sensato?

Consultó la hora. De pronto, echó a correr.

—Tengo que darme prisa —dijo, mientras abría la puerta.

Treinta minutos más tarde, se detenía ante otra puerta.

Sacó del bolsillo el disco dorado que era la insignia de su profesión, y se lo colocó en el centro del pecho

Luego llamó.

Un hombre, vestido con una lujosa bata, apareció ante sus ojos.

—¿Sí? —dijo con voz neutra.

—Señor Meeker —habló Short cortésmente.

—Ese es mi nombre. ¿Quién es usted?

—Acaba de formular una pregunta innecesaria —sonrió el visitante—. Pero, de todas formas, le refrescaré la memoria. Me llamo Ames Bengy, aunque los íntimos me llaman Short. Usted, señor Meeker, no es en modo alguno uno de mis íntimos.

Las facciones de Meeker se tensaron. Fue a cerrar la puerta, pero Short adelantó el pie. Luego cargó con el hombro y Meeker salió rebotado hasta el interior del departamento.

—Llamaré a la policía —gritó, furioso.

—Hágalo —contestó Short, impasible—. A la policía le gustará mucho contemplar una grabación en la que aparece un tipo disparando una descarga de ultraláser. —El visitante puso una copia de la grabación sobre la mesita cercana—. Usted cometió la imprudencia de permitir que se viese su mano izquierda. El anillo que luce es inconfundible. .

Meeker se puso pálido.

—Oiga, yo no...

—¿Por qué quería asesinarme? —preguntó Short, inflexible.

Meeker se pasó una mano por la frente..

—¿Puede aguardarme un minuto? —solicitó—. Se lo contaré todo, señor Bengy.

—De acuerdo.

El director de Coordinación entró en una habitación cercana. Short examinó el departamento, hallándolo muy lujoso y agradablemente decorado. Una de las paredes era un enorme ventanal de vidrio, con puerta corredera, que daba a una extensa terraza. Desde allí, se divisaba una magnífica vista de la ciudad.

Short vio también una mesita con servicio de licores y se

dispuso a tomar una copa. Estaba a mitad, cuando Meeker apareció de nuevo.

—Adiós, imbécil —se despidió.

Short tenía la copa en la mano, desconcertado por la inesperada actitud del dueño de la casa. Meeker llevaba en la espalda un propulsor individual.

Se oyó un fuerte siseo. El propulsor funcionó, haciendo que los pies de su dueño se separasen un palmo del suelo. Acto seguido, Meeker se dirigió hacia la terraza, ganando altura, a fin de salvar el parapeto.

Short corrió tras él, maldiciéndose por haberse dejado engañar de aquel modo. Meeker estaba ya a seis o siete metros del borde del parapeto y a ciento cincuenta metros de la calle.

De repente, los chorros de fuego del propulsor se extinguieron.

La sustentación cesó. Meeker chilló agudamente al ver que se precipitaba en el vacío.

Short se quedó atónito. ¿Qué había fallado en el aparato?, se preguntó, mientras contemplaba al individuo que se alejaba velocísimamente hacia abajo, volteando como un gran pájaro herido de muerte.

En el último instante, se retiró del parapeto. Llegaron gritos desde la calle, muy debilitados por la distancia. Short sintió que necesitaba un segundo trago.

* * *

A la mañana siguiente aguardó a que Cynthia terminase sus ejercicios gimnásticos. Ella se cambió de ropa al terminar y recorrió la piscina a nado media docena de veces. Luego se sentó junto a su visitante.

—¿Ya no tiene miedo de lanzarse al agua? —preguntó Short sonriendo.

—No. De todas formas, hago siempre una prueba con un trozo de carne —respondió ella.

Short tomó un sorbo de café.

—Supongo que estará enterada de la noticia —dijo.

Cynthia asintió, muy seria.

—Meeker ha muerto —contestó—. ¿Por qué?

—Tenía prácticamente vacíos los depósitos de combustible de su propulsor individual. Sólo había lo justo para salvar el parapeto de su terraza y separarse media docena de metros, es decir, lo suficiente para caer a la calle.

—Alguien se lo hizo, Short. ¿Quién?

El policía se encogió de hombros.

—No lo sé, aunque lo ocurrido me dice que Meeker no era sino el eslabón de una cadena, cuyos extremos ignoramos dónde se encuentran —respondió—. El que vació sus depósitos obró con enorme astucia, Cynthia.

—Sabía que usted iría a verle —dijo ella.

—Sí, efectivamente.

—¿A quién se lo dijo, aparte de a mí?

—Sólo una persona más lo sabía: Agatha Ford.

Los ojos de Cynthia expresaron incredulidad.

—No... no puedo creerlo. Ella no...

—Hoy lo confirmaré —dijo Short—. Estábamos citados para cenar y no pude reunirme con ella, debido a lo que sucedió por la tarde.

—Dice que lo va a confirmar...

—Sí, aunque no le diré el método —sonrió él.

Cynthia se envaró.

—¿Me toma por una traidora a mí misma? —exclamó.

—Prefiero llevar el asunto a mi manera —repuso el policía

—. Ahora, dígame, ¿conoce usted a un tal Rufus Silkors?

—No, nunca he oído hablar de ese individuo. ¿Quién es, Short?

—A mí también me gustaría saberlo. —Los ojos del visitante se pasearon por la decoración—. Me gusta su casa, Cynthia.

—No está mal —respondió ella.

—¿Quién fue su decorador?

—Siwary... ¿Por qué lo pregunta?

Short se puso en pie.

—Será cosa de hablar con Siwary —dijo con voz

indiferente—. Vendré mañana a verla otra vez. Me gusta ver cómo hace ejercicios en la supercama «superelástica». Le conserva una figura maravillosa.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—A propósito —preguntó Short—, ¿Quién es W. T. Keryvan?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Así se llama la persona que fletó las naves de carga que se perdieron o llegaron tarde a su destino. ¿Lo conoce?

—No puedo conocer a todos los clientes, Short.

—Muy lógico —concordó él. Lanzó una nueva sonrisa y se marchó en busca de un aeromóvil.

Una hora más tarde, estaba en el despacho de un antiguo conocido suyo, arqueólogo y antropólogo de bien cimentada fama.

—Necesito tu ayuda, Ray —dijo, después de los primeros saludos.

—Tú dirás, Short —contestó Ray Gallass.

—Se trata de Kawanji, la ciudad muerta marciana. ¿Cuál es tu opinión sobre el tema, a la luz de los más recientes descubrimientos?

Gallass alargó la mano y tomó una carpeta que tenía sobre su mesa de trabajo.

—Ya no hay duda —contestó—. Existió una civilización muy adelantada en algunos aspectos, pero de costumbres salvajes en otros.

—Sacrificios humanos.

—Sí.

—¿Por qué se perdió esa civilización?

—Muy sencillo: falta de oxígeno.

—No podían respirar y murieron, ¿eh?

—Sí. Según parece, disponían de poderosas máquinas que enviaban a la atmósfera el oxígeno necesario para la vida. Por supuesto, respiraban el aire marciano como si estuvieran en la Tierra, a una altitud de cinco o seis mil metros. Era una raza muy fuerte, de grandes pulmones, gran fortaleza física y notable inteligencia. Pero hasta el más robusto muere si le falta

oxígeno.

—¿Pudieron emigrar de Marte, Ray?

Gallass se encogió de hombros.

—No hay pruebas de que lo hicieran —contestó— Pero dado el elevado grado de civilización que habían alcanzado, parece lógico presumir que algunos consiguieran construir una astronave que les permitiera abandonar un planeta, cuya atmósfera era cada día más escasa en oxígeno.

—Y vinieron a la Tierra.

—¿Quién sabe, Short? No hay ninguna prueba en ese sentido... Mira, aquí tengo fotografías de algunas lápidas funerarias. Usaban un alfabeto muy peculiar, pero fácilmente traducible a cualquiera de nuestros idiomas Eso no tiene nada de particular, puesto que los sistemas de fonación marciano y terrestre son idénticos, ya que pertenecemos a la misma raza. Por tanto, los sonidos básicos son los mismos, ¿comprendes?

Short asintió mientras contemplaba las fotografías. De pronto, devolvió una a su amigo:

—Traduce esa inscripción, ¿quieres? —solicitó.

—Con mucho gusto. —Gallass empezó a leer—: «Aquí yace Annius Wyzur, hijo, nieto y bisnieto y padre de otros Wyzur, protegido por Myryma de las acechanzas de Hriim, ahora y durante toda la eternidad. Así sea».

—¡Hriim! —exclamó Short, vivamente sorprendido.

—¿Habías oído ese nombre antes? —preguntó Gallass.

—Sí. ¿Quién era Myryma?

—La diosa marciana de la fertilidad, una especie de Minerva del cuarto planeta. Hriim era el genio del mal, al que se hacían sacrificios humanos para aplacar sus iras.

—Voy comprendiendo. Oye, ese tal Annius Wyzur debía de ser un personaje de importancia. No sé por qué, pero me parece que la lápida funeraria es digamos muy lujosa.

—En efecto, Wyzur era muy importante, como lo demuestra su apellido. Los marcianos de rango noble o elevado en la escala social, usaban apellidos de cosas nobles... espada, por ejemplo.

—¿Espada?

—Sí, en el lenguaje marciano, Wyzur significa espada.

CAPITULO VI

Agatha recibió a su visitante con cara de reproche

—Me hiciste perder el tiempo...

Short pasó al ataque sin más y ciñó con sus brazos la esbelta cintura de la mujer.

—Ya te expliqué por videófono qué me impidió acudir a la cita —atajó las protestas de Agatha—. Pero, de todos modos, estoy dispuesto a compensarte de modo que no lamente mi ausencia de ayer noche.

Los ojos de Agatha chispearon maliciosamente.

—¿Cómo piensas compensarme? —preguntó.

—Así, preciosa.

Los labios de Short se fundieron con los de la mujer. Agatha no protestó en absoluto de la audacia de su visitante.

Pero se quedó sin respiración y hubo de romper el contacto.

—Eres terrible —dijo, sonriendo complacidamente— ¿Quieres tomar una copa?

—Desde luego.

Agatha vestía unos ropajes seductores, hechos de gran cantidad de velos de finísimo tejido. Se sabía hermosa y conocía el mejor medio de hacer resaltar las morbideces de su cuerpo bien contorneado.

Short tomó un par de sorbos. Agatha también bebió. Pero unos minutos más tarde, sus pupilas se velaron ligeramente.

El policía la contempló con sumo interés. Ella parecía ausente de cuanto la rodeaba. Short le tomó el pulso; era

normal.

—Agatha —llamó.

—Dime, Short.

—¿Me oyes?

—Sí, perfectamente.

—¿Sabes que Meeker ha muerto?

—Sí.

—Tú sabías que yo iba a visitarlo.

—Sí.

—¿Le dijiste algo?

—No.

Short se levantó y llevó la copa de Agatha al baño, arrojando lo poco que quedaba al sumidero. Después la lavó con todo cuidado y, al terminar, puso en el fondo unas tres o cuatro gotas de un líquido que extrajo de una ampolla que había llevado consigo y que, una vez vacía, fue también al sumidero.

Volvió a la sala. Llenó la copa de nuevo y se la entregó a la mujer.

Ella obedeció mecánicamente. El antídoto obró sus efectos a los pocos instantes, eliminando los efectos del narcótico que Short la había propinado minutos antes.

Agatha sacudió la cabeza.

—Juraría que me he quedado dormida —dijo.

Short sonrió.

—Mis besos no son narcóticos, que yo sepa —contestó, acercándola de nuevo hacia sí.

Una cálida sonrisa apareció en los labios de Agatha. —Voy a probarlo —dijo.

Y echó los brazos al cuello del apuesto visitante.

* * *

—No, Agatha no tiene nada que ver con la muerte de Meeker —dijo Short a la mañana siguiente, mientras se paseaba

meditabundo por el gran salón de la residencia de Cynthia.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella.

—Le di un hipnótico, sin que se diera cuenta. Naturalmente, tenía que responder a mis preguntas con absoluta sinceridad. Yo le había pedido que no avisara a Meeker de mi visita, pero ella podía no hacer caso de mi recomendación.

—Y la aceptó.

—Sí, porque no le dijo nada.

—Entonces, ¿cómo sabían que iba usted a visitar a Meeker? Porque el fallo en los propulsores fue algo preparado con plena deliberación.

—En mi opinión, Meeker era un elemento ya «quemado». Tenía que desaparecer, una vez contrató al asesino que no consiguió matarme.

—Es posible —convino Cynthia pensativamente—. ¿Cuál va a ser su siguiente paso?

Una sonrisa distendió las facciones del policía.

—Estoy aprendiendo marciano —contestó.

—¡Cómo! —respingó ella.

—Presumo que voy a actuar en un lugar muy próximo a Kawanji, concretamente, en Punta Norte, que es el lugar al cual se dirigían las naves fletadas por W. T. Keryvan.

—Ah, piensa ir a Marte.

—Usted quiere una investigación a fondo, Cynthia. —Sí, por supuesto.

—En tal caso, me conviene conocer el marciano, cuando menos, gráficamente, ya que no hay nadie que conozca la fonética de ese lenguaje.

El pecho de la joven palpitó repentinamente.

—¿Cómo piensa aprenderlo? —preguntó.

—Tengo un buen amigo, antropólogo y arqueólogo de fama. Me enseñó algunas fotografías de lápidas funerarias, con las inscripciones en marciano. Una de ellas, se refería a alguien que tal vez, con un exceso de fantasía, podría considerarse como un antepasado suyo.

Cynthia lanzó una risita, muy nerviosa, consideró Short.

—Un antepasado mío marciano —exclamó—. Tiene gracia, desde luego. ¿Y qué le hace suponer tal cosa, Short?

—La lápida funeraria, cuyo epitafio me tradujo mi amigo, estaba en la tumba de un tal Annius Wyzur, apellido que significa «Espada», como el suyo, Cynthia.

Hubo un momento de silencio. Luego, ella llevó a los labios su taza de café, mientras miraba a su visitante.

—No soy la única que se llama Sword —contestó.

—Ciertamente, y ya le he dicho que es una pura fantasía —sonrió el joven—. Por cierto, olvidé decirle una cosa. Estrictamente, no era un veneno lo que el presunto asesino que murió devorado por el ácido quería poner en el café.

—¿Lo ha hecho analizar? —preguntó Cynthia.

—Sí. Era un hipnótico muy potente..., mejor dicho, de larga duración. De haberlo tomado, habría estado sometida a sus efectos durante un año o más, y todo ello, observando una actitud perfectamente normal en su vida cotidiana. Pero el que lo hizo hubiese mandado en su voluntad de un modo absoluto.

Cynthia se sintió consternada.

—Hubiera sido horrible —dijo.

—Sí, claro, aunque, por fortuna, pudimos evitarlo. De todas formas, un narcótico tan potente tiene también sus defectos, por ejemplo, un pronunciado gusto a manzanas ácidas, que resulta muy difícil de disimular. Tenga cuidado con las comidas y las bebidas y pruebe un poco antes de comer o de beber.

—Lo haré así —prometió Cynthia, a la vez que sonreía—. Creo que acerté al contratarle.

—Yo también pienso de la misma manera —contestó Short. Despachó su taza de café y se puso en pie.

—Mañana no podré venir para desayunar con usted —manifestó.

—¿Por qué? —se extrañó Cynthia.

—Recuerde, mis clases de marciano.

—Oh, sí, claro. Quizá yo le pida algún día que me enseñe a mí ese idioma.

—Lo haré con mucho gusto. Y, a propósito, ¿la astronave *Red Rose* pertenece a su compañía?

—Sí. ¿Por qué lo dice?

—Ha zarpado para Saturno, a fin de transportar hielo a Marte y no es la primera vez que lo hace. ¿Qué sabe usted sobre ese asunto?

—Lo que me acaba de decir, Short. Era una respuesta insincera, pensó el policía, pero no quiso hacer ningún comentario al respecto.

* * *

—*Nouwer*, árbol —tradujo Gallass.

—¿Apellido noble o plebeyo?

—Noble, porque da una idea general de algo que es recto y erguido. Claro que también hay árboles retorcidos...

—Un olivo es un árbol de tronco retorcido y, sin embargo, es uno de los árboles más nobles que existen —sonrió Short.

—No parece que el olivo fuese una de las especies conocidas de los marcianos. Es preciso tener en cuenta el duro clima de aquel mundo, que exigía, a su vez, dureza y resistencia en todas las especies vivientes, animales o vegetales.

—El olivo es un árbol resistente...

—No a las heladas, precisamente.

—Sí, eso es cierto —convino Short pensativamente—. Las temperaturas nocturnas son allí siempre muy bajas.

—En efecto. Continuemos, Short.

—Un momento, Ray. Hablemos de Marte y de sus deidades. De Hriim, por ejemplo.

—Bien, como quieras. ¿Qué deseas saber?

—Los marcianos realizaban sacrificios humanos para aplacar a Hriim, su genio del mal. ¿Quién los hacía?

—El sumo sacerdote, por supuesto.

—Ah, claro, parece lógico. Pero, ¿designaba él a la víctima?

—Bueno, yo supongo que sería una especie de acuerdo entre él y el Consejo de Gobierno, sobre todo, si no había algún fanático que se ofreciese voluntariamente para entregar su

sangre al dios.

—Así tuvo que ser, en efecto. Otra cosa, Ray. ¿Cómo se ha llegado a descifrar la escritura marciana?

—Bueno —dijo Gallass, tras un ligero titubeo—, imagínate un espeso bosque, cruzado por un sendero, cuyos extremos no son visibles desde el exterior. Hay que contornear el bosque por dentro, limpiando la maleza, hasta dar con uno de los extremos de ese camino. Después, es fácil seguirlo.

—O sea lo que costó fue encontrar la clave para descifrar el alfabeto marciano.

—Exactamente, Short.

—Y no vive nadie que pueda comunicarnos la fonética del marciano —suspiró el policía—. Está bien, sigamos, Ray. ¿Cuál es la siguiente palabra?

—*Silkors*.

Short abrió mucho los ojos.

—Has dicho *Silkors*, Ray.

—Exactamente, y significa Segundo Sumo Sacerdote —contestó el arqueólogo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Short pidió:

—Ray, dime cuál es la palabra que define al sumo sacerdote.

—*Keryvan* —respondió Gallass.

—No me extraña en absoluto —dijo Short.

CAPITULO VII

Cuando Short llegó a su casa, se encontró con una inesperada visita.

Tratábase de un hombre joven, aunque mayor que él. Short le calculó cuarenta y cinco años temporales y treinta y seis fisiológicos. Era un hombre alto, muy fuerte, de anchos hombros y mirada penetrante.

—Soy W. T. Keryvan —se presentó el desconocido, sonriendo afablemente—. Las iniciales significan William Thomas, pero puede llamarme Bill.

—Es un placer, Bill —dijo Short—. ¿Cómo ha conseguido entrar en mi casa?

Keryvan hizo un gesto con la mano.

—No ha resultado difícil —contestó ambigualmente.

—Mi casa está muy bien protegida —alegó el joven.

—Lo sé. Pero ninguna de esas barreras ha podido detenerme.

Short observó un repentino cambio en la actitud de su visitante. La voz de Keryvan se había hecho ahora tensa, acerada.

—Bill, sospecho que nuestra entrevista no va a ser lo que se dice muy cortés —dijo el joven.

—Lo mismo pienso yo —admitió Keryvan.

—Bien, en ese caso, dígame cuáles son sus intenciones, Sumo Sacerdote de Hriim.

Los ojos de Keryvan despidieron de pronto un brillo malévolo. Short observó que sus pupilas habían tomado una intensísima coloración rojiza.

Parecían dos carbones encendidos. De pronto, Keryvan alzó ambas manos.

Short se sintió acometido por una repentina parálisis. No podía hacer nada, salvo respirar.

—No puedes, no podrás nada contra nosotros —clamó

Keryvan con voz profunda y penetrante—. Tengo poderes que ni siquiera eres capaz de imaginar, incluso aunque llegaras a imaginarlo, no lo repetirías a nadie más como tampoco lo repetirá tu amigo el arqueólogo. ¡Mira!

La mano izquierda de Keryvan se volvió hacia el videófono, cuya pantalla se encendió en el acto. Movidó por una fuerza invencible, Short volvió la cabeza en aquella dirección.

Gallass se hallaba tendido en su propia mesa de despacho. Un hombre estaba a su lado, enarbolando un descomunal cuchillo de extraña factura.

El hombre que empuñaba el cuchillo era Silkors.

—Es preciso aplacar la ira de Hriim —clamó Keryvan—. Hace siglos que no se le ofrece ningún sacrificio humano. Este será el primero en cientos de años.

Short se sentía aterrado. Hubiera querido gritar, pero no podía.

El cuchillo se movió centelleante, segando una garganta humana. Gallass quedó prácticamente decapitado.

—Tú le seguirás —anunció Keryvan—. Tiéndete en el suelo.

Short obedeció. Keryvan sacó un cuchillo del interior de sus ropajes y lo alzó unos momentos.

El arma brillaba fulgurantemente. De súbito, se abrió la puerta y una mujer entró en el departamento. Agatha Ford contempló la escena y lanzó un agudísimo chillido:

—¡Asesino!

Keryvan se sobresaltó enormemente. Short sintió que las fuerzas le volvían de pronto y rodó sobre sí mismo, esquivando un feroz tajo dirigido a su garganta.

Una horrible maldición brotó de los labios de Keryvan. Short se dio cuenta de que el sujeto había hablado en un idioma completamente desconocido para él. De un salto se puso en pie y fue a lanzarse sobre Keryvan, pero de repente se vio un fuerte chispazo.

El resplandor fue muy intenso. Cuando se hubo disipado, Short, atónito, comprobó que Keryvan había desaparecido.

Agatha corrió hacia él.

—Short, cariño..., ¿qué ha sucedido? ¿He estado soñando? Me pareció ver a un hombre que quería degollarte...

Short se pasó una mano por la frente. Luego, con paso inseguro, se acercó al aparador y llenó una copa, que despachó de un trago.

Agatha se sentía desconcertada.

—Pero, Short, explícame...

El joven se volvió hacia ella.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir? —preguntó.

—Bueno, no tenía noticias tuyas y, al salir de trabajar, yo pensé que...

—Está bien, Agatha, me has salvado la vida, pero voy a pedirte un favor. Por lo que más quieras, no repitas a nadie lo que has visto, ni siquiera a Cynthia Sword, entendido?

—Sí, Short, haré lo que tú me pidas —contestó ella.

—Me has salvado —repitió él—. Tu llegada inesperada relajó de un modo súbito los hilos mentales con los que ese hombre me sometía a su voluntad. Aunque no te lo parezca, estaba hipnotizado y no podía moverme en absoluto.

—Yo vine, vi la puerta entreabierta y...

—Te mereces una copa —sonrió Short—. Yo dejé la puerta así, no por costumbre, sino porque me sorprendió encontrarme con un visitante al que no esperaba.

—Pero ha desaparecido... ¿Es un fantasma, Short?

—¿Quién sabe lo que es ese sujeto, Agatha? —contestó el joven sombríamente.

Y luego pensó en su amigo Ray Gallass, degollado en un brutal y fanático sacrificio humano, hecho para aplacar la ira de un ídolo maligno.

Alguien lo pagaría muy caro, pensó, mientras llenaba las dos copas.

* * *

—La astronave se llama *Stella Polaris* y zarpará pasado mañana, a las tres en punto de la madrugada —anunció

Cynthia.

—Muy bien, yo iré en la nave.

—Puede morir, Short —se estremeció ella.

—Trataré de sobrevivir.

Cynthia le miraba fijamente.

—Iba a pedirle un favor..., aunque no sé si me atreveré...

—Hable sin miedo —indicó él.

—Me gustaría ir con usted, Short.

—No.

—Pero... soy la dueña de la astronave...

—Su puesto está aquí, Cynthia.

—Puedo obligarle a...

—Si lo intenta, abandonaré el caso. Y, créame, nada les gustaría más a esos dos criminales fanáticos, que intentan resucitar una religión sanguinaria.

—Se refiere a Keryvan y a Silkors, naturalmente.

—Exacto. Pero el hecho de que sean unos fanáticos, no debe impedirnos admitir que son unos tipos muy listos. Lo tendremos en cuenta en todo momento. Y ahora, adiós; he de preparar todo para estar listo en el momento en que despegue la *Stella Polaris*.

Al anochecer de aquel mismo día, Short entró a cenar en el restaurante donde solía hacerlo la mayoría de las ocasiones. Vio un rostro conocido y se sentó frente al individuo.

—Quizá ya no te acuerdes de mí, Juan Romero —saludó.

El hombre sonrió.

—Me acuerdo perfectamente, Short Bengy —contestó—. ¿Cómo te va la vida?

—No puedo quejarme, Juan. ¿Qué haces aquí, en la Tierra, en lugar de hallarte a bordo de una de las naves de las EPE?

—También nosotros tenemos derecho a las vacaciones anuales, ¿no te parece?

—Oh, sí, por supuesto, Juan, ¿puedo pedirte un favor?

—Adelante, muchacho.

—¿Qué me dices de las misteriosas desapariciones de unas cuantas naves de carga de las Espaciolíneas Coaligadas?

Romero sonrió un instante. Luego dio la vuelta a la carta de

platos y, sacando un lápiz, trazó en la cartulina una serie de círculos concéntricos, en cada uno de los cuales colocó una crucecita.

—Esto quiere representar las órbitas de otros tantos asteroides, en los que, durante los últimos meses, se han producido sendos impactos de naves sin gobierno —declaró—. Todas esas naves pertenecían a las EC.

Short hizo un gesto de asentimiento.

—Así, pues, esas naves se desviaban de la órbita y colisionaban con los asteroides —dijo.

—Exactamente. Hay una escuadra que investiga el caso, a base de examinar los restos de las naves, con el fin de conocer las causas de ese cambio repentino de órbita. Pero, hasta el momento, no han llegado a un resultado medianamente satisfactorio —concluyó Romero.

Short se dijo que, antes de un mes, conocería personalmente las causas de aquellas catástrofes, aunque se guardó muy bien de expresarlo en voz alta.

CAPITULO VIII

La vida a bordo de la astronave de carga era descansada, pero monótona.

Uno de los motivos de distracción para Short era el estudio del pequeño diccionario que su difunto amigo Gallass había redactado manualmente y que él había encontrado entre sus efectos personales, en una visita posterior que hizo al piso, después del asesinato. También se distraía haciendo carreras de ida y vuelta, a lo largo del pasillo central, con objeto de no dejar que se enmohecieran sus músculos.

A bordo había alimentos de sobra. El alojamiento era confortable. A fin de cuentas, se trataba de una nave que, en un momento dado, podía transportar pasajeros. Ahora, como sólo llevaba carga, era guiada por un control automático, obedeciendo a la computadora en la que había sido previamente programada la órbita de acercamiento a Marte.

A Short le preocupaba el hecho de que varias de las naves hubiesen sido desviadas de su órbita, para hacerlas colisionar con algún asteroide. Ello significaba, no sólo que habían rebasado Marte, sino el asalto consiguiente por parte de algún experto, con objeto de modificar los programas orbitales de la nave en la computadora direccional.

Estaba preparado para el asalto. Sólo faltaba saber cuándo se produciría, aunque llevando solamente dos días a bordo y teniendo en cuenta que el viaje a Marte costaba seis semanas, cabía esperar que el asalto tardase todavía algún tiempo.

A mitad de camino, se dijo, mientras iba y venía por el pasillo y a paso gimnástico.

Cuando volviese a la Tierra, diría que instalasen en la nave una cinta rodante para el ejercicio de *footing*. El corredor, pese a todo, no medía más allá de cuarenta o cuarenta y cinco metros y resultaba enervante tener que ir y volver con gran frecuencia. Una cinta rodante, en su opinión, resolvería el problema.

Pensó también en Siwary, el decorador de la residencia de Cynthia. Salvo algunos detalles personales, Siwary había actuado según diseños de la joven. Siwary había conseguido permiso para copiar el estilo, tan distinto de los demás estilos terrestres y, por lo mismo, tan atractivo.

Consultó su reloj. Había cubierto el pasillo unas doscientas veces, lo que significaban nueve kilómetros de marcha.

—Por hoy es suficiente —dijo alegremente, mientras se encaminaba a la ducha.

Al terminar, se vistió con una simple camisa y pantalones cortos. La temperatura de a bordo era de unos 24°. Empezó a pensar en el programa de televisión que más le agradaría para entretenerse unas horas, mientras se preparaba un sencillo almuerzo. De repente, oyó un estornudo.

—¡Salud! —dijo maquinalmente.

—Gracias —contestó Cynthia.

Short se disponía a batir los huevos para una tortilla. Súbitamente se dio cuenta de que no estaba en la Tierra, sino a bordo de una astronave.

—¡Cynthia! —bramó, a la vez que giraba en redondo.

—Hola, Short —dijo ella desde la puerta de la cocina.

Short se pasó una mano por los ojos.

—Debo de estar soñando —masculló—. La cena de anoche me sentó mal y todavía me dura la pesadilla.

—No soy una pesadilla, Short —sonrió Cynthia—, sino de carne y hueso. ¿Quiere comprobarlo?

* * *

Durante un segundo, Short contempló a la joven, vestida aproximadamente como él y con la frondosa cabellera recogida en un espectacular moño, sujeto con unas cuantas vueltas de grueso hilo de oro. De pronto, avanzó hacia ella e intentó rodear su cintura con los brazos.

Cynthia evitó el abrazo y dejó una mano entre las del

policía.

—Pero, maldita sea...

—Conozco su fama de conquistador. No tengo ganas de que mi cabellera cuelgue de su cinturón, metafóricamente hablando, por supuesto.

—¿Cynthia, por qué diablos está aquí?

—La *Stella Polaris* me pertenece. Quiero saber qué suerte va a correr, y deseo que no sea como la de algunas de las que la precedieron.

—Es ya demasiado tarde —gruñó él—. De otro modo, la metería en un bote espacial y la devolvería a la Tierra.

—Suponiendo que yo se lo permitiese —contestó Cynthia.

—Aunque no oficialmente, soy el capitán de esta nave...

—Y yo la propietaria. No puedo inmiscuirme en su manera de gobernarla, pero sí puedo darle órdenes respecto a su rumbo o a...

—Basta —cortó Short, exasperado—. Haga lo que quiera, pero tendrá que permitirme que le diga que ha venido a meterse en la boca del lobo.

—¿Usted cree? —sonrió ella, a la vez que se apoyaba en la jamba de la puerta.

Short se volvió a la cocina y empezó a batir los huevos.

—Déjeme, eso es cosa mía —pidió ella.

—Ah, entiende de cocina.

—No sea mordaz —le reprochó Cynthia—. Puede que no consiga platos refinados, pero entiendo un mínimo de cocina. ¿Cuál era su menú para el almuerzo, Short?

—Fruta y un par de huevos en tortilla, con una botella de cerveza.

—Muy complicado —sonrió ella—. Para mí, lo mismo.

—La cerveza engorda —dijo Short venenosamente, a la vez que la miraba de soslayo.

De pronto, Cynthia se puso frente a él. Los ojos de ambos quedaban justo al mismo nivel.

—En estos tiempos, he tenido muchas preocupaciones —manifestó—. He comido poco, dormido menos... Tengo un déficit de tres kilos en mi peso habitual.

—Sí, está un poco flaca —admitió Short.

—Por tanto, aprovecharé estos días de inactividad para relajarme y recobrar mi peso normal.

—No es usted una chica menuda, precisamente —comentó él—. Sin tacones, es tan alta como yo.

—¿Le molesta? —sonrió Cynthia.

—Ser un hombre de mediana estatura es algo que no me ha preocupado jamás. Como es algo que no puedo arreglar por mí mismo...

—Filósofo —le apostrofó ella cariñosamente. Luego se volvió hacia los hornillos—. Bueno, voy a preparar el almuerzo. He estado comiendo de lata durante estos dos días, ¿sabe?

—Lógico, puesto que entró de polizón en una de sus propias naves. ¿Quién más, aparte de nosotros dos, sabe que está usted aquí?

—Nadie. A la servidumbre y también Agatha les dije que salía para el Tíbet.

—¡El Tíbet! —resopló él.

—No le extrañe; poseo una quinta de recreo en las cercanías de Lhasa.

—¿Ha ido a visitar al Dalai Lama?

Cynthia se puso seria de pronto.

—¿Por qué no me contesta? —preguntó él.

—Short, esto no es cosa de broma —dijo la joven.

—Nunca lo he estimado así...

—Y podemos acabar convertidos en polvillo cósmico.

—Es una posibilidad, en efecto. Oiga, ¿puede decirme cuántos bloques de hielo de Saturno han transportado hasta Marte?

—Nueve, hasta ahora. Hay uno en camino y otra expedición acercándose a Saturno.

—No está mal —convino él—. ¿Cuántos más viajes serán necesarios?

—Todos los que hagan falta, hasta que haya en Marte de nuevo agua y oxígeno.

Short contempló a Cynthia fijamente. Había en los ojos de la joven una luz interior muy extraña, como el reflejo de una

decisión tomada mucho tiempo antes y que ejecutaría sin vacilar y sin temer a los obstáculos que gente interesada quería poner en su camino.

* * *

Short abrió la puerta de la cabina de mandos, amplia y espaciosa, lo que le permitía ganar cuatro metros más en su carrera de ejercicio cotidiano. Cynthia estaba sentada ante el panel de mandos, contemplando el espacio con aire pensativo.

—¡Buenos días! —gritó alegremente—. Hace un tiempo estupendo y dan ganas de correr sobre la hierba.

Short inició la primera carrera. Al volver, apreció que Cynthia estaba en la misma posición.

Suspendiendo los ejercicios, se acercó a ella.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? —preguntó.

Cynthia pareció salir entonces del éxtasis en que había caído y meneó la cabeza negativamente.

—No, estaba pensando —contestó.

—No se caliente los sesos —aconsejó él—. Haga ejercicio, eso le conviene para mejorar su silueta.

—Sí, creo que es una buena idea. —Cynthia se levantó de pronto y empezó a trotar junto al joven—. He ganado ya dos kilos y medio, Short —anunció sin dejar de correr.

—Me alegro mucho. Claro que, a fin de cuentas, ya llevaremos casi tres meses a bordo.

—La mitad del tiempo necesario para llegar a Marte.

—Eso es, Cynthia.

—¿Llegaremos, Short?

—Claro —rió él—. Para eso estoy yo aquí.

—Lo dice con mucha seguridad...

—Tengo que ganarme mis honorarios, Cynthia.

—Por cierto, todavía no me ha dicho...

—Ya llegará el momento, no se preocupe. ¿Sabe?, puede que me guste colonizar Marte. Quizá me quede allí una larga

temporada. O toda la vida, ¿quién sabe? Resultará fascinante ver, día a día, cómo crecen las plantas, los arbustos, las ciudades, cómo se multiplica la población... ¿No opina usted así, Cynthia?

—¿Le gustaría convertirse en un marciano?

—Es una especie de reto lanzado al futuro. Ustedes lo abandonaron porque se había hecho inhabitable.

Cynthia se paró de pronto.

—Eh, ¿ya se ha aburrido del ejercicio? —exclamó Short, vivamente sorprendido.

Los ojos de Cynthia refulgían de una manera singular.

—Short, a partir de ahora, le prohíbo que mencione ese tema. ¿Me ha entendido? Su misión consiste en conseguir que las naves de carga lleguen a Marte y destruir la banda que tantos perjuicios me ha causado, eso es todo.

Short se puso muy serio.

—Muy bien, no mencionaré más el tema —contestó.

Y siguió corriendo, mientras ella, muy agitada, volvía a la cabina de mando.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, se encendió una lámpara en el panel de instrumentos, oscilando intermitentemente, a la vez que sonaba un claxon de alarma.

—¡Short! —gritó Cynthia—. ¿Qué es esto?

El policía suspendió sus trotes instantáneamente. Entró en el puente y estudió los instrumentos un segundo.

Luego alargó la mano y apagó todas las luces. Sólo quedaron encendidas las del cuadro de mandos, cuyo resplandor iluminaba los rostros de la pareja con tonos espectrales.

—Ya están ahí —murmuró—. He apagado todas las luces porque dentro de media hora los tendremos a distancia visual, telescópica, por supuesto.

—Pueden ver las luces del cuadro de mandos...

—Están siempre encendidas y no lo extrañarán.

—Comprendo. ¿Cuál es su plan, Short?

—Depende mucho de lo que hagan ellos. Pero mi primer paso va a ser ponerme el traje espacial y tener a mano el casco.

De repente, Short lanzó una imprecación.

—¡Imprudente!

—¿A qué se refiere usted? —exclamó Cynthia, muy sorprendida.

—A usted, demonios. Se metió de polizón y no hay más que un traje de vacío. Imagínese que se produce una pérdida de presión en el casco...

—Estas naves son seguras, Short —dijo Cynthia, muy pálida.

—Salvo cuando se perfora su casco con algún proyectil.

—No ha sucedido hasta ahora —aseguró ella.

—Hasta ahora, todas las naves atacadas iban sin tripulación. Alguno pasará a bordo de la *Stella Polaris*. Sus compinches quedarán en la otra nave. Si se dan cuenta de que las cosas no ocurren con normalidad, es decir con la normalidad que ellos esperan en su asalto, puede que disparen un cohete para hacernos saltar en pedazos

—¿De veras lo cree así?

Short reflexionó un instante. Luego, tras arrojar una mirada a la pantalla del radar, y calcular la distancia de la nave atacante, agarró a la joven por un brazo y se la llevó de la cabina de mandos.

—Hay una solución para usted, claro —dijo—. La situaré en una de las cámaras centrales. Es blindada y podría aguantar mucho rato, en caso de perforación del casco. No puedo dejarla en otra cámara lateral, porque dan al exterior, ¿comprende?

—Desde luego. ¿Qué hará usted, Short?

El policía rió agriamente.

—Enfrentarme con la doble complicación que es el doble asalto y su presencia a bordo de la *Stella Polaris* —contestó.

CAPITULO IX

A través de la pantalla telescópica, Short contemplaba la astronave que se acercaba lentamente a la suya, lanzando leves chorros rojos, a fin de equiparar las órbitas de ambos. No lejos de la astronave, a cosa de dos mil metros de distancia, vio un enorme pedrusco.

Por comparación de tamaños, apreció que la roca espacial no medía menos de un kilómetro de largo por unos seiscientos de grueso. Una línea brillante unía al asteroide con la nave.

La distancia entre los dos aparatos era ya de menos de cien metros. De pronto, se abrió una escotilla en la nave atacante y un hombre, provisto de un propulsor individual, flotó en el espacio.

Short se retiró cautelosamente de la cabina de mando. Tras colocarse el casco y asegurarse de que no le faltara suministro de aire, se acercó a la escotilla de acceso.

Esperó, escondido en un recodo del pasillo. La escotilla podía abrirse desde el exterior, ya que disponía de los mecanismos correspondientes fuera del casco, para un caso de emergencia. Short vio que se encendían las luces de la esclusa de compensación de presiones.

A los pocos momentos, un hombre penetró en la nave.

El individuo se quitó el casco con un suspiro de alivio

Acto seguido, avanzó hacia la cabina. Short lo dejó marchar. Luego se aproximó a la esclusa y bajó una palanca.

La presión atmosférica descendió con moderada rapidez. Un minuto más tarde, Short vio venir corriendo al intruso.

—Hola —saludó jovialmente, a la vez que le apuntaba con la pistola de choque.

—¡El casco! —gritó el otro—. Démelo o moriré asfixiado...

Short tenía el pie derecho puesto sobre el casco, en señal de posesión.

—Venga a por él —dijo.

El intruso estaba lívido.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —gritó—. Devuélvame el casco.

—Me parece que nos conocemos —dijo Short—. Usted es Cay Davis, piloto expulsado por complicidad en un delito de baratería, ¿no es así?

—Soy inocente. Yo no hice nada...

—La «Galaxy VI» se perdió, aparentemente por un fallo en los chorros propulsores. Luego se demostró que había sido un naufragio intencionado, baratería, vamos, por lo que el seguro se negó a pagar la póliza contratada. El capitán, Cay Davis, y el armador, fueron sentenciados a cinco años de cárcel. Al capitán, además, se le retiró la patente de astronáutica. ¿Me equivoco, Davis?

Los ojos del intruso fueron hacia el manómetro, cuya aguja indicaba ya una presión equivalente a la de cinco mil metros de altura en la Tierra.

—El casco —rogó—. Deme el casco y lo diré todo.

Short paró la pérdida de aire.

—Hable, Davis —pidió.

—Se llama Keryvan —contestó el asaltante.

—Lo encuentro perfectamente lógico.

De repente, sonó la radio

—¡Cay! ¿Qué diablos haces? ¿Por qué tardas tanto?

Davis lanzó un agudo chillido:

—Estoy prisionero. Bengy me ha atrapado.

Sonó una maldición, procedente de la otra nave. Luego, el mismo que había hablado dijo:

—¡Adiós, Cay, mala suerte para ti!

Davis se puso lívido.

—¡Nos van a torpedear!

* * *

—¿Seguro, Cay? —preguntó Short un instante más tarde.

—Sí, ésas son las órdenes que teníamos, para el caso de

encontrarnos con complicaciones...

Short saltó hacia adelante. Al pasar junto a Davis, le golpeó con el cañón de la pistola, haciéndolo caer fulminado. Luego corrió a toda velocidad hacia el cuadro de mandos.

Cynthia le llamó a través del interfono:

—¡Short! ¿Qué ocurre? —preguntó.

—Siga ahí —contestó él secamente.

Sentóse ante el tablero de instrumentos y estudió la situación.

La nave atacante había hecho funcionar los chorros de freno, con lo que había iniciado un movimiento de retroceso, a fin de situarse no sólo a distancia de la *Stella Polaris*, sino en posición de tiro. Short vio también que el piloto de la astronave había soltado el cable de remolque del asteroide, a fin de tener libertad de acción para la maniobra.

De repente, se le ocurrió una idea.

En pocos momentos, hizo que el programador de tiro alistase un proyectil, lanzándolo inmediatamente contra el asteroide. El torpedo, de dos metros de grueso y cuarenta de largo, partió como una centella y explotó silenciosamente en uno de los extremos del pedrusco espacial, lanzando enormes fragmentos en todas direcciones

Seguro del blanco, Short ya no se preocupó más del asteroide. Agarró el micrófono de la línea interior y llamó a la joven:

—¡Cynthia!

—¿Short? —contestó ella, ansiosamente.

—Tiéndase en la litera y sujétese con las correas de seguridad. Pero ponga los pies hacia la cabecera, ¿entendido?

—Sí, aunque no comprendo...

—Haga lo que le digo, rápido. No puedo darle más de treinta segundos.

Ella obedeció en el acto. Antes de que se acabase el plazo concedido, gritó:

—¡Lista, Short!

El policía se había sujetado ya también hacia adelante. De pronto, avanzó a fondo la palanca general de gas.

Short había desconectado ya el piloto automático. La *Stella Polaris* saltó hacia adelante, como potro que obedeciera al estímulo de un buen espolazo.

En la otra nave se produjo un vivo sentimiento de alarma, cuando sus ocupantes vieron que la astronave atacada no sólo se defendía, sino que contraatacaba. El piloto perdió los nervios y maniobró desesperadamente, para evitar la colisión que estimaba inminente.

En el último instante, Short cortó los gases de propulsión y conectó a fondo los de freno. La *Stella Polaris* se detuvo a menos de cincuenta metros a la izquierda de la nave atacante, cuyo piloto la había lanzado hacia atrás, con los chorros a la máxima potencia.

El frenazo de la *Stella Polaris* fue tremendo. De no haber sido por los atalajes de seguridad, Short se habría proyectado hacia las lucernas del puente. Aun así, estuvo a punto de perder el sentido, debido a que, en unos instantes, la fuerza de la gravedad se había elevado a una intensidad quince o veinte veces superior a la normal.

No lejos de donde se hallaba oyó un extraño «plaf», en el que no puso mayor atención por el momento. Todo su interés estaba centrado en la astronave atacante, que retrocedía a toda velocidad.

Pero, al mismo tiempo, el asteroide, golpeado por el cohete en uno de sus extremos, había iniciado un movimiento de giro sobre un eje longitudinal. Hasta entonces, los dos ejes longitudinales, el de la nave y el del asteroide, habían seguido una misma línea.

Ahora, con la acción de Short, estaban en perpendicular el uno del otro. Al retroceder, la nave atacante hubiera debido pasar rozando el asteroide, pero la variación de posición debida al impacto del torpedo lo impidió.

La pantalla telescópica mostró la escena con todo detalle. La nave chocó contra el asteroide. Era una masa de unos pocos miles de toneladas, contra otra de docenas de millones.

La astronave atacante se arrugó primero como un acordeón. Luego explotó.

Short se quitó el arnés de sujeción y se puso en pie. Acto seguido se encaminó hacia el camarote que ocupaba Cynthia.

—Ya puede salir —dijo, sonriendo.

Ella se sentó en la litera.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—El paso está libre.

Era una respuesta lacónica, pero significativa. Cynthia se levantó y caminó hacia el joven.

—¿Ha resultado difícil? —quiso saber.

—Menos de lo que esperaba —contestó él—. Pero he atrapado a un prisionero y...

De súbito, Cynthia lanzó un chillido de horror.

Short volvió la cabeza. Una imprecación brotó de sus labios en el acto.

Ya no podría interrogar a Davis. El piloto era solamente una informe masa de carne y huesos aplastados, en medio de un lago de sangre.

Cynthia se mareó.

—¿Cómo ha podido suceder? —dijo con voz débil.

—Actué, quizá, con demasiada precipitación —contestó Short—. Pero es que las circunstancias no me dejaban demasiado tiempo y tuve que darme prisa. Por eso no até a Davis y la arrancada y el frenazo subsiguientes le encontraron sueltos. Al frenazo, había más de veinte gravedades.

—Me lo imaginé. Yo perdí el sentido unos instantes, pero ese pobre diablo...

—Ese pobre diablo, como usted lo califica, y sus amigos nos hubieran asesinado sin el menor remordimiento —contestó Short crudamente—. Será mejor que se retire unos momentos, mientras dejo limpio el corredor.

Cynthia sintió que una náusea le subía a la cabeza y corrió hacia el lavabo. Mascullando interjecciones entre dientes, Short se aplicó a la poco agradable tarea de dejar el corredor limpio.

Más tarde, proyectó a Cynthia una grabación de la operación.

—Ahora creo que comprendo —dijo ella, una vez hubo presenciado la reproducción del combate—. Las naves que no

llegaban colisionaban con asteroides, remolcados por ellos mismos hasta una posición conveniente.

—Efectivamente —confirmó Short—. Ciertamente es que el cinturón de asteroides está entre Marte y Júpiter, pero el espacio está absolutamente lleno de restos de explosiones de planetas, de nuestro sistema solar o de otros, ocurridas en tiempos remotísimos. Indudablemente, los asteroides entre la Tierra y Marte son rarísimos, pero ello no indica que no se pueda encontrar alguno muy de cuando en cuando.

—Y ellos se aprovechaban de esta circunstancia para dar cierta verosimilitud a las desapariciones de mis astronaves.

—Así era. Una vez producida la colisión, situaban al asteroide y a los restos de la nave en una órbita de alejamiento, de modo que se perdieran hacia los confines del sistema solar. En otras naves, sin embargo, fracasaban, pero ello provocaba un retraso en su llegada a Marte.

—Espero que esto les haya servido de lección —dijo Cynthia cortantemente.

Short meneó la cabeza con aire pesimista.

—El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra —contestó.

—¿Qué es lo que quiere decir usted? —preguntó ella.

—Simplemente, que insistirán una y otra vez en contrarrestar sus planes y que sólo hay una forma de evitarlo: luchando contra ellos de una manera implacable, dándoles a entender que seremos inexorables en todo momento.

CAPITULO X

La astronave se posó en el suelo marciano, a corta distancia de Punta Norte, el promontorio que se erguía sobre el Pequeño Valle Azul, dominándolo desde una altura de seis o setecientos metros. El promontorio era como la proa de una inmensa barca, boca abajo, pero si bien dos de sus lados estaban formados por escarpados farallones, que caían a pico centenares de metros, el resto era una suave meseta, que se extendía kilómetros y kilómetros, hasta confundirse con las colinas que cerraban el valle por el lado sur.

—No entiendo-por qué le dieron el nombre de Punta Norte, cuando está situada al sur del valle —había dicho Cynthia, mientras la nave descendía hasta el lugar de aterrizaje.

—Es bien sencillo: apunta al Norte —sonrió él, atento a la maniobra.

Desde la altura habían podido ver un sinnúmero de edificaciones, todas ellas blindadas, debido a la escasa presión atmosférica reinante en la superficie de Marte. En donde no había edificios, se divisaban las marcas de las calles que un día formarían una próspera y populosa urbe.

Había mucho verdor en el suelo. A Short le extrañó, ya que conocía la sequedad del ambiente marciano. Más tarde tendría ocasión de enterarse de las causas que motivaban aquella relativa abundancia de vegetación.

En uno de los lados de la ciudad, divisó una torre metálica de grandes dimensiones: cien metros de lado —era de sección cuadrada—, por doscientos cincuenta de altura. La boca tenía unas medidas inferiores a la base, aproximadamente la mitad, calculó Short.

Algo salía por la boca de aquella chimenea, una gasa transparente, que sólo se advertía por las ondulaciones de la refracción. Junto a la gigantesca chimenea, vio lo que parecía una bocamina.

Aterrizaron.

El grupo de hombres que se acercaba a la nave, se vieron enormemente sorprendidos, al ver que llegaban dos pasajeros totalmente inesperados. Kevin Ramsay, ingeniero director de los trabajos, fue el primero en enterarse de lo ocurrido.

—Nos alojaremos aquí mientras descargan la nave —dijo Short—, Regresaremos en ella a la Tierra.

—Espero que los trabajos no sufran ya más interrupción —deseó Ramsay—. La nave quedará lista dentro de cuarenta y ocho horas, señor Bengy.

—Muy bien, justo lo que yo deseaba. —Hablaban en el despacho del propio Ramsay y se volvió hacia la joven—. Cynthia, ¿está cansada?

—No, ¿por qué?

—El señor Ramsay, seguramente, nos prestará un automóvil. Quiero visitar las ruinas de Kawanji.

—Muy interesante para el que le gusta la arqueología, claro —sonrió el ingeniero—. Ahora mismo ordenaré que alisten el vehículo.

Minutos más tarde, Short y Cynthia emprendían el viaje hacia Kawanji, a bordo de un automóvil cuya cabina se hallaba a tres metros del suelo, debido a las enormes ruedas tipo balón de que estaba provisto. Ello le facilitaba la marcha por cualquier terreno, permitiéndole, incluso, remontar pendientes de hasta 40°.

Rodeando la meseta, descendieron al valle. Short contempló el seco lecho del río, que se divisaba perfectamente, a poca distancia de un camino trazado por las rodadas de vehículos anteriores. En tiempos, pensó, aquel río no habría sido menos caudaloso que algunos de los grandes ríos de la Tierra, aunque la profundidad de su cauce indicaba que tal vez había sido sometido a grandes dragados, para aumentar el caudal.

La ciudad muerta estaba a unos doce kilómetros de Punta Norte. Pronto tuvieron las ruinas a la vista.

Los edificios, apreció Short, habían sido construidos con piedra granítica, cortada en grandes ladrillos o losas que

encajaban perfectamente los unos con los otros. Había sido una grande y próspera ciudad, pero ahora sólo quedaban sus ruinas, cubiertas en buena parte por la arena del desierto en que se había convertido el antaño feraz valle.

Short paró el automóvil. Provistos de las máscaras correspondientes y bien abrigados, saltaron al suelo.

Un profundo silencio reinaba en el ambiente. De cuando en cuando, algún remolino de viento levantaba pequeñas nubes de arena. Las calles de Kawanji habían sido anchas, largas y trazadas a cordel. En muchos sitios, los edificios no se veían, cubiertos por la arena.

Había inscripciones en muchos sitios, la mayor parte borradas por el constante bombardeo de partículas de arena, a lo largo de los siglos. Short se encontraba ya en situación de traducir las inscripciones, sin demasiada dificultad.

Avanzaron lentamente durante un buen rato. De pronto, Short se detuvo ante un edificio que se había mantenido casi incólume. Apenas si se habían desprendido algunos trozos de los muros y todavía quedaba buena parte del tejado.

El edificio había constado de planta y piso, con un gran jardín alrededor, a juzgar por los restos de muro que todavía quedaban, contorneándolo a una distancia de setenta u ochenta metros. En la parte posterior se veía una excavación de forma rectangular, de quince metros de largo por seis de anchura.

—La piscina —dijo Short.

En el interior de la casa no había muebles, desaparecidos por la acción del tiempo. La escalera que conducía a las habitaciones superiores aparecía destrozada.

Salieron fuera. Sobre el dintel de la entrada había una larga losa con una inscripción.

Short leyó:

—«Annius Wyzur, undécimo de su stirpe, hizo construir esta casa en... para sí y su mujer y sus descendientes. Viajero, si te sientes hambriento y fatigado, entra y reposarás y los Wyzur saciarán tu hambre y tu sed». —Y después de una pequeña pausa, Short añadió—: La fecha está casi borrada, no puedo traducirla.

Cynthia permanecía callada. Short se volvió hacia ella y, por encima de la máscara respiratoria, la vio pálida y demudada.

—Sigamos —dijo ella al cabo de unos momentos, con voz estrangulada por la emoción.

Continuaron andando. De pronto, al llegar a lo que parecía una gran plaza, oyeron un seco chasquido.

El proyectil arrancó lascas de una pared de granito cercana. Short empujó a Cynthia sin contemplaciones, lanzándola al suelo, una fracción de segundo antes de que sonara el segundo disparo.

* * *

—¡Nos atacan! —gritó ella, mientras caía.

—Noticia fresca —rió Short agriamente, a la vez que desenfundaba su pistola de choque.

El desconocido hizo fuego por tercera vez. Short vio entonces que se hallaba parapetado tras uno de los peldaños de la gran pirámide, situada en el centro de la plaza.

Allí, probablemente, se habían celebrado sacrificios humanos. Ahora, seis o siete siglos después de la muerte de la última víctima, sacrificada a una deidad sanguinaria, un hombre pretendía, en cierto modo, reproducir algo que había sido arrastrado por el paso de los tiempos.

De pronto, Short vio que el individuo sacaba la mano para hacer fuego nuevamente. En aquel ambiente, con un tercio de gravedad de la terrestre, los proyectiles tenían, lógicamente, mucho mayor alcance.

Short disparó. El proyectil de choque explotó en la mano del atacante, provocándole una terrible sacudida en el brazo derecho. El impacto lo lanzó rodando por el suelo, a dos o tres metros de distancia, pero se incorporó en el acto.

Short disparó de nuevo. El individuo sufrió una espantosa sacudida y cayó de espaldas, quedándose inmóvil en el acto.

—Ha muerto —exclamó Cynthia.

—Imposible. Sólo está desmayado —contradijo él.

Y caminó hacia el caído, sin descuidar las precauciones en ningún momento. Se arrodilló a su lado y lo examinó con detenimiento.

—Usted tenía razón —dijo amargamente, a los pocos segundos—. Está muerto.

—¿Cómo es posible? —preguntó Cynthia—. Yo lo dije de una manera instintiva, aunque sabía que usted había empleado solamente proyectiles de choque.

—Sí, pero omitimos dos factores importantes: la menor gravedad y la baja presión atmosférica. La onda explosiva es mucho mayor, al no encontrar el aire que se expanda tanta resistencia en el exterior. Por otra parte, el proyectil le golpeó en la mandíbula y su cabeza se dobló bruscamente hacia atrás.

—Y se desnucó —adivinó ella.

—Exactamente.

Short se puso en pie.

—Es una lástima —dijo—. Me hubiera gustado hablar con él, aunque de sobras me imagino quién le dio orden de matarnos.

—Keryvan.

—O alguno de sus cómplices.

—¿Cree que tiene cómplices aquí? —preguntó ella.

—Por todas partes, lo mismo en el campamento que entre los que componen el personal de excavaciones arqueológicas.

De pronto, Short se volvió hacia la joven.

—Todos los trabajos del campamento están financiados por usted —dijo.

—Sí —confirmó ella.

—Entonces, el personal debe obedecer sus órdenes.

—Ramsay tiene plena libertad de acción...

—Hasta cierto punto —dijo Short ceñudo, a la vez que señalaba al caído—. Ese sujeto no se enteró casualmente de nuestro viaje a Kawanji, sino que se lo dijo alguien desde Punta Norte. Bien, encontraremos al cómplice.

—¿Cómo? —quiso saber ella.

—Espere a que regresemos, Cynthia.

De pronto, Short concibió una idea. Arrodillándose junto al muerto, lo registró hasta encontrar en uno de sus bolsillos una pequeña emisora de radio, cuyo tamaño no alcanzaba a la mitad de un paquete de cigarrillos.

Desplegó la antena telescópica. Una voz brotó inmediatamente del aparato:

—Frank, ¿qué me cuentas de tu trabajo particular?

—Listo. Como pediste —respondió Short con todo descaro.

—Magnífico. Cuando puedas, ven por Punta Norte; tengo un regalito para ti, Frank.

—O.K. —fue todo lo que dijo el joven.

CAPITULO XI

—Quiero hablar con usted, Ramsay —dijo Short, cuando estuvo de nuevo en el despacho del ingeniero.

—Si no le importa, Short, seré yo quien hable —manifestó Cynthia—. Algo me toca hacer a mí y quiero empezar ahora mismo.

—Muy bien, adelante —accedió el policía.

—Usted dirá, señorita Sword —murmuró Ramsay, mientras contemplaba a la joven con interés.

—Hemos sido atacados en las ruinas de Kawanji. Un individuo nos disparó proyectiles «Ultra» de dieciséis milímetros. El señor Bengy se defendió y me defendió a mí, por supuesto, y el atacante murió.

—Me deja usted pasmado, señorita —confesó el ingeniero con los ojos dilatados por el asombro.

—Los hombres que componen el personal de excavaciones no sabían que nosotros íbamos a ir allí, ni siquiera que hubiésemos llegado a Marte. Por tanto, alguien, de este campamento, avisó a Piero Danetti para que se emboscara y nos diese muerte.

—Debo deducir que Danetti era el frustrado asesino, ¿no es así?

—Al menos, ese nombre figuraba en su documentación

—No le conozco. Solemos relacionarnos con los arqueólogos y sus ayudantes, pero son muchos y nunca había oído hablar de Danetti —manifestó Ramsay.

—Bien, como sea, hemos de descubrir al cómplice —dijo Cynthia—. Por eso quiero que preste al señor Bengy el máximo de cooperación.

—No tengo ningún inconveniente, señorita, pero aquí hay doscientos hombres y no será tarea fácil...

—Deje que yo me ocupe de ello —intervino Short—. Como dice ella, lo único que necesito es que me ayude.

—Bien, ¿qué es lo que debo hacer? —preguntó Ramsay.

—¿Tiene usted algún sistema de comunicación general? Quiero decir, un micrófono y una onda de radio que pueda llegar a todo el personal simultáneamente.

—Desde luego. Claro que sólo lo uso para casos de emergencia.

—Y para anunciar que es día de paga —sonrió Cynthia.

—Hoy no es día de paga, señorita.

—No importa —exclamó Short—. Emplearemos cualquier pretexto; un *test* psicológico, por ejemplo. ¿A qué hora concluyen la jornada?

—A las cinco, hora de Greenwich, por supuesto.

—Bien, entonces diga que hoy se suspenderá el trabajo una hora antes. —Short miró a su alrededor y vio que el despacho, amplio y espacioso, disponía de dos puertas—. Entrarán por esa puerta, de uno en uno, y saldrán por aquélla —decidió.

—Perfectamente —aprobó Ramsay.

—Correremos las cortinas de las ventanas. Nadie debe ver, desde fuera, lo que pasa en el interior.

—Muy bien, señor Bengy.

Acto seguido, Ramsay tomó el micrófono, conectó la señal de llamada general y transmitió la orden indicada por el joven. Al terminar, miró sonriendo a la pareja.

—Ya está —dijo.

Short se acercó a una de las ventanas. Desde allí podía ver la enorme chimenea que se hallaba en uno de los bordes de la ciudad.

—¿Qué clase de gas sale por la chimenea, ingeniero? —preguntó.

—Oxígeno, señor Bengy.

Hubo un momento de silencio. Luego, Ramsay continuó:

—A tres mil quinientos metros de profundidad, hay una gran caverna natural, de cuya existencia supimos por medio de sondeos sísmicos. Se perforó un pozo (luego se perforaron varios más, por necesidad y comodidad a un tiempo), y se bajó la maquinaria necesaria para disgregar las rocas y extraer de ellas sus componentes químicos, según el procedimiento

Bessemer.

—¿Bessemer? —repitió Short.

—Sí, curiosamente, un descendiente de aquel Bessemer que inventó el procedimiento de obtención de acero en los altos hornos. Es, simplemente, la disgregación molecular del terreno del subsuelo, para extraer de ellos los componentes básicos, entre los que figura, puede suponerse, el oxígeno.

—¿Funciona constantemente la maquinaria?

—Sí, dado que la energía que recibe procede de una planta nuclear subterránea, por supuesto, y convenientemente protegida. En una roca arcillosa, por ejemplo, hay una gran cantidad de óxido de hierro, lo que nos permite, separando los componentes, obtener el oxígeno que es enviado inmediatamente a la atmósfera.

—Sí, el oxígeno forma parte de todos los minerales, en mayor o menor proporción —convino Short, meditabundo.

De pronto, empezó a llover.

—¡Demonios! —exclamó el policía—. ¡Está lloviendo!

—Así es —sonrió Ramsay—. Por fortuna, estamos en la estación cálida, de lo contrario, nevaría; pero sería lo mismo, porque, a fin de cuentas, la nieve es agua también.

Era un chaparrón muy intenso. Short quiso conocer su origen.

—Hay arriba, en órbita, un bloque de hielo procedente de los anillos de Saturno. Cada vez que pasa sobre el Pequeño Valle Azul, los operarios de la estación espacial que se hallan junto al bloque, separan unos cuantos fragmentos menores y los lanzan en órbita oblicua, hasta que entran en la atmósfera.

--Esos trozos se vaporizan instantáneamente, por la fricción, pero a los pocos momentos, el vapor se condensa y cae en forma de gotitas de lluvia. Es un medio de conseguir agua para el valle, cómodo y práctico, aunque, a decir verdad, nada económico.

Short miró de reojo a Cynthia. Ella se puso colorada, pero no dijo nada.

—Ahora estamos estudiando el método de hacer descender algunos bloques a la superficie, para que se descongelen aquí

directamente —siguió Ramsay sus explicaciones—. Bajarán por medio de cohetes de freno, previamente adheridos, y los dejaremos que se fundan por sí solos. Un bloque de cien metros de lado, por ejemplo, representaría un millón de metros cúbicos de hielo, es decir, casi mil millones de litros de agua.

—Con ese bloque imaginario, podrían llenar ustedes el lago, ¿no es así?

—En efecto —convino el ingeniero—, pero traer a la superficie del planeta un bloque de semejantes dimensiones supone una serie de cálculos muy complicados, no sólo para lograr un aterrizaje perfecto, sino para evitar daños innecesarios, y ello aun teniendo en cuenta que el bloque pesará solamente la tercera parte de lo que pesaría en la Tierra. Por ahora, debemos limitarnos al procedimiento más tosco, aunque no por ello menos efectivo, de lanzar a la atmósfera grandes pedazos de hielo, de entre cincuenta y cien metros cúbicos cada uno.

Short volvió a mirar a través de la ventana.

La lluvia amainaba. Le pareció que era el anuncio de una nueva era para Marte, el planeta rojo de los antiguos.

* * *

A las cuatro de la tarde, empezaron a congregarse los operarios frente al barracón de Ramsay.

Entró el primero.

—Quítese la máscara durante diez segundos —ordenó Short.

El hombre obedeció. Inmediatamente recibió en pleno rostro un chorrillo de gas.

—No tema —sonrió el policía—. Es sólo una prueba psicológica. ¿Cómo se llama usted, amigo?

—James, señor, Pinky James —contestó el sujeto.

—Está bien, Pinky, ya puede ponerse la máscara. Dispense que no le recibamos con la atmósfera a presión normal, pero es

que la prueba va a resultar muy breve, y, por lo tanto, la gente estará saliendo y entrando a cada minuto. Resultaría muy incómodo usar la esclusa. Usted ya me comprende, ¿no es así?

—Por supuesto, señor —dijo James.

—Muy bien, y ahora, Pinky, por favor, dígame si conocía usted a Piero Danetti.

—No señor.

—Cuando salga de aquí, dirá que el *test* es absolutamente reservado y no mencionará para nada a Danetti. ¿Entendido, Pinky?

—Sí, señor.

—Eso es todo, ya puede irse. Por aquella puerta, Pinky.

—Adiós, señor.

James se marchó. Durante unos instantes quedaron los tres solos.

—Este procedimiento tiene una ventaja indiscutible, que es el gas narcótico, lo que obliga al interrogado a contestar la verdad —dijo el ingeniero—. Pero no creo que el cómplice se trague lo del *test* psicológico.

—No se lo tragará, en efecto —convino Short, sonriendo—. Pero él no sabe que va a respirar un gas narcótico. Tengo la seguridad de que sospecha que a todos les preguntaremos por sus relaciones con Danetti; él, como es lógico, espera negarlo y se siente muy tranquilo. Cuando le llegue el turno, confesará en el acto.

—Muy bien, entonces, adelante.

Entró el segundo. Su respuesta fue negativa. No había conocido jamás a Danetti.

El trabajo se hizo monótono. De los doscientos hombres que trabajaban allí, sólo tres o cuatro manifestaron haber tenido alguna relación con Danetti, aunque todos negaron ser sus cómplices y no saber nada de la emboscada.

A pesar de que los interrogatorios se hacían con rapidez, pasaron más de tres horas antes de que desfilara el último operario, cosa que se comprobó por la lista de personal.

Cynthia se sentía desencantada.

—Danetti no tenía ningún cómplice en el campamento —

dijo.

Short permanecía meditabundo, con la lista del personal en la mano. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Nos hemos olvidado de interrogar a uno!

—¿Quién? —preguntó Cynthia, vivamente interesada.

Los ojos de Short fueron hacia Ramsay.

—Falta usted, Kevin —dijo.

—Es cierto —sonrió la joven—. Cuando quiera, ingeniero.

—Es que no voy a querer nunca —declaró Ramsay sorprendentemente.

Una pistola apareció súbitamente en su mano derecha.

—Danetti falló, pero yo no fallaré —aseguró.

CAPITULO XII

La pistola se elevó lentamente. Ramsay sonreía con perversa expresión.

—¿Cuál de los dos prefiere morir antes? —consultó cínicamente.

Cynthia lanzó un gemido.

—No, no; usted no puede hacer eso...

—¿Quién me lo va a impedir?

—¿Ha pensado en las consecuencias de su acción? —preguntó Short.

—No tema; yo arreglaré las cosas de modo que...

La puerta se abrió de repente. Un hombre entró de manera inesperada.

—Señor Ramsay, creo que deberíamos...

El individuo se paró en seco al ver a su jefe con un arma en la mano. Pero su súbita aparición desconcertó un instante a Ramsay.

Short aprovechó la ocasión y, con el pie, disparó una silla, que alcanzó al ingeniero en un lado del cuerpo, haciéndole perder parcialmente el equilibrio. La pistola cavó al suelo.

Cynthia chilló. El recién llegado se sentía enormemente perplejo, sin comprender nada de lo que ocurría.

Short se arrojó sobre el arma, pero Ramsay, recobrándose, le asestó un tremendo rodillazo en un pómulo, haciéndole rodar por tierra medio inconsciente.

Acto seguido, Ramsay dio media vuelta y escapó por la otra puerta.

Short se sentó en el suelo.

—Persígale, Cynthia.

La joven reaccionó y agarró la pistola. Ramsay había trepado a uno de los automóviles y lo ponía en marcha en aquellos instantes.

El barracón se hallaba a menos de cincuenta metros del risco. Para salir a la llanura, era preciso contonear un par de

barracones más, entre los cuales no había espacio suficiente para que pudiera pasar un vehículo de dimensiones poco comunes.

Cynthia dudó, con el arma en la mano. De pronto, sintió que se la arrebataban.

Ramsay arrancaba en aquel momento. Short disparó una vez, pero la bala se perdió inofensivamente.

Short corrió a dar la vuelta a los barracones. Cuando llegó al otro lado, vio a Ramsay que viraba para salir disparado, precisamente en la misma dirección en que él se encontraba.

La pistola vomitó un segundo proyectil. La rueda delantera izquierda perdió de repente el aire contenido en su interior.

El automóvil, lanzado ya a toda velocidad, osciló con violencia. Luego giró sobre sí mismo y se encaminó hacia el borde del acantilado.

Ramsay intentó frenar, pero ya era tarde. El enorme vehículo saltó al vacío, con su ocupante.

Short corrió hacia el borde. El automóvil bajaba dando vueltas con relativa lentitud. De pronto, chocó contra un saliente.

Un cuerpo humano salió despedido, separándose del automóvil. La caída terminó a varios cientos de metros más abajo, al pie de una ladera cubierta de escombros y detritus procedentes de la erosión.

Short puso el seguro a la pistola. Cynthia estaba a su lado, completamente pálida.

—Ramsay también —dijo llena de pesimismo.

Algunos hombres se habían acercado al lugar. Uno de ellos se dirigió a la pareja.

—Soy Crandall, primer ayudante de Ramsay —se presentó—. Deseo saber lo que ha ocurrido aquí, señor Bengy.

—Tiene usted todo el derecho, amigo —contestó Short—. ¿Vamos, Cynthia?

Un repentino chaparrón cayó de las alturas. Short pasó un brazo por encima de los hombros de la joven, conduciéndola suavemente hacia un abrigo que les protegiera de la lluvia. Cynthia no dijo nada; antes bien, el contacto del brazo

masculino hizo que se sintiera mucho más reconfortada.

* * *

—Siendo así, no tengo nada que objetar —manifestó Crandall, una vez que hubo conocido toda la verdad de lo ocurrido.

Short era un policía jurado. Por tanto, no podía mentir.

—Gracias, Tony —contestó.

—Usted dirigirá ahora los trabajos —ordenó Cynthia.

—Sí, señorita.

—Todo debe seguir como hasta ahora. Le garantizo que ya no habrá más retrasos en el material. Las astronaves llegarán puntualmente.

—Si eso es cierto, antes de un año tendríamos todo listo —aseguró Crandall.

—Antes de un año, se podrá vivir en Nueva Kawanji —dijo Cynthia con voz firme.

Crandall se marchó. Short y Cynthia quedaron solos.

—¿Por qué, Short? —dijo ella—. ¿Por qué Ramsay...?

—No lo sabremos ahora —contestó él—. Quizá lo hizo por codicia, o tal vez por convicción.

—¿Convicción?

—Las acciones humanas tienen siempre dos motivos: dinero o ideales. Y el que actúa por un ideal, lo hace porque está convencido de que debe hacerlo así..., como Keryvan y Silkors. Pero otros de los que han actuado contra nosotros lo han hecho evidentemente por dinero.

—Por ejemplo, Danetti.

—Y tal vez también el ingeniero.

—Sin embargo, Ramsay parecía dirigir eficazmente los trabajos.

—Oh, nadie lo duda. Dirigía bien los trabajos, con el material que tenía a mano. Pero también intervenía sobre todo, en la petición de pertrechos y fijaba las fechas en que debía recibirlos. Sabiendo el día que una astronave debía llegar a

Marte se conocía también la fecha de partida.

—Creo que entiendo, Short.

—Aquí no podía hacerse sospechoso; como ha podido comprobar, todos estaban ignorantes de sus actividades. Pero si hubiera empezado a dar órdenes equivocadas o hubiese motivado retrasos, aparte de los que ya sufrían por los asaltos a las naves, alguno habría recelado indefectiblemente. Resultaba mucho más conveniente destruir las naves en vuelo o, cuando eso no se conseguía, provocar su retraso.

—Es cierto —convino ella—. Short, ¿dónde nos alojaremos mientras permanezcamos en Marte? Aquí no me gusta demasiado.

—¿Dónde mejor que en la nave? —sonrió él.

Al día siguiente, Short hizo que la joven escuchara una grabación en cinta magnetofónica.

Al terminar, ella dijo:

—No hay duda, Short; Ramsay era un cómplice de Keryvan.

—Encontré la cinta grabada entre sus efectos personales —explicó él—. Podría poner a Keryvan en un serio aprieto, si no fuese un hombre para el que las leyes terrestres no tienen ninguna importancia, cosa que, seguramente, ignoraba Ramsay.

—Habló con Keryvan desde Marte. ¿Es posible, Short?

—Sí, por una línea especial e independiente. ¿Sabe dónde está la antena de la emisora?

—No —contestó ella.

—En la chimenea. Aparentemente, es un cable de suministro de fuerza, pero tiene una solución de continuidad muy cerca de la boca superior, hábilmente disimulada, todo hay que decirlo. Por supuesto, la chimenea dispone de un par de escaleras exteriores, para caso de emergencia. Ese cable está situado junto a una de las escaleras.

—¿Y el transmisor?

—Al pie, en lo que parece una caja de registro de conexiones: y lo es, ciertamente, pero el transmisor está situado detrás, en un falso fondo. Es de suponer que las comunicaciones fuesen mínimas y sumamente breves. Incluso cabe la posibilidad de que la emisora estuviese funcionando

constantemente, pero, como tenía una grabadora acoplada, Ramsay podía saber a diario si había captado algún mensaje. Crandall me ha dicho que Ramsay era un tipo muy meticuloso y que revisaba personal y cotidianamente las conexiones de ese registro.

—Mucho ha adelantado usted —dijo Cynthia, admirada.

Una sonrisa apareció en los labios de Short.

—Es mi trabajo —contestó—. Usted me contrató para que investigase y eso es lo que estoy haciendo.

—De acuerdo, pero ya que hablamos de ello, todavía no me ha mencionado usted siquiera la cuestión de sus honorarios.

—¿Por qué no espera a que termine el caso? Entonces, le pasaré el cobro de la factura.

—¿Será muy elevada? —preguntó Cynthia.

—No le quepa la menor duda —respondió él, muy serio.

—Estoy dispuesta a pagar lo que me pida, Short... —dijo la joven, con los ojos fijos en el rostro de su interlocutor.

—Le tomo la palabra, Cynthia.

—Siempre cumplo lo que prometo, téngalo por seguro.

—Una respuesta muy reconfortable —dijo Short, sin dejar de sonreír.

* * *

La *Stella Polaris* regresaba a la Tierra.

A unos dos millones de kilómetros de su punto de destino, Short empezó a preparar un par de cajas de víveres.

—¿Para qué hace eso? —preguntó Cynthia.

—Póngase el traje de vacío —contestó él.

—Pero, Short...

—Haga lo que le digo; es el momento de actuar.

Cynthia obedeció. En Punta Norte había algunos trajes espaciales de repuesto y Short había embarcado uno para la joven, no sin antes hacerle objeto de una revisión especial.

Poco más tarde, volvieron a encontrarse en el centro del pasillo principal, ambos ya debidamente equipados. Cynthia

divisó una escotilla en el suelo, abierta, provista de una escalerilla vertical, que acababa en lo que parecía una pequeña cabina de pilotaje.

Short bajó el primero. Cynthia lo hizo a continuación. Entonces se dio cuenta de que estaban a bordo de una navecilla auxiliar.

El aparato tenía capacidad para veinte personas, sin cámaras individuales. El único lugar aislado del bote era el lavabo.

Short manejó los controles. Las escotillas se cerraron. Luego, muy lentamente, hizo que el bote saliera al exterior, pero sin separarse más que algunos centímetros de la *Stella Polaris*.

Al mismo tiempo, empleó con gran suavidad los chorros de freno. El resultado fue que la *Stella Polaris* adelantó al bote.

Minutos más tarde, Short hizo que el bote ascendiera unos veinte metros, quedando así a la altura del eje longitudinal de la nave. Cynthia asistía en silencio a las maniobras, sin comprender en absoluto su objeto.

El leve frenazo realizado por Short hizo que la *Stella Polaris* se perdiera de vista antes de treinta minutos. Dos horas más tarde vieron un gran fogonazo en el espacio.

—La *Stella Polaris* ha volado —anunció el joven fríamente.

—¿Torpedo?

—Sí.

—Entonces, por eso estamos aquí...

—Justamente —sonrió—. Como puede recordar, descendimos sin separarnos apenas de la *Stella* y luego dejamos que nos adelantasen, para situarnos a continuación inmediatamente detrás. De este modo, un radar no podía detectarnos, porque en la pantalla sólo aparecía un punto luminoso. Entonces, el artillero supo que podía disparar su torpedo.

—Pero no sabía que nosotros estábamos fuera de la nave.

—Exactamente, Cynthia.

Ella sonrió.

—Short, ¿puedo llamarle tramposo?

—¿Le molesta la trampa?

—Al contrario —exclamó Cynthia—. Es la mejor idea que se le pudo ocurrir. Pero, dígame, ¿sabía que nos torpedearían?

—No costaba nada ser prevenidos, ¿verdad?

Cynthia lanzó una alegre carcajada.

—Me gustaría ver la cara que pondrán cuando sepan que han desperdiciado un torpedo —dijo.

CAPITULO XIII

El viajero se apeó del pequeño aeroplano, movido por antigraedad que lo había transportado hasta la enorme explanada en cuyo centro se hallaba la capital tibetana. La residencia del Dalai Lama, el Pótala, brillaba como un ascua de oro al reflejar los rayos de sol que centelleaban vivamente en la atmósfera limpia y transparente, propia de aquellas latitudes. En el cielo, de un azul purísimo, se movían con cierta rapidez algunas nubes de blancura tan deslumbrante como las nieves que cubrían las cumbres de las montañas cercanas.

Un guardia se acercó al viajero. Este manifestó sus deseos. El guardia le miró estupefacto.

—¿Crees que su Suprema Sabiduría recibe al primero que lo pide? —contestó de mal talante.

Una débil sonrisa se dibujó en los labios de Short.

—Es probable —contestó—. De todos modos, nada me impide acercarme a la ciudad, me parece.

—Eres libre de hacerlo, extranjero.

—Gracias.

Envuelto en su chaquetón de pieles, Short avanzó hacia Lhasa. Sin prisas; en aquellos parajes, las prisas no sólo no servían para nada, sino que resultaban contraproducentes.

El Tíbet no había cambiado, pensó. Las sucesivas dominaciones de pueblos más fuertes no habían causado mella en las costumbres de los tibetanos. Un par de pastores pasaron arreando una recua de *yaks*, los fuertes bueyes del país, mientras algunos perros ladraban ensordecedoramente en torno a los astados.

Era día de mercado. Short se abrió paso difícilmente entre los vendedores de toda clase de objetos, desde manteca a chucherías de mejor o peor gusto. También se vendían armas antiguas y, por supuesto, había numerosos puestos donde se expendía la bebida nacional, el *tsampa*, té con manteca de *yak*.

Pero la atención de Short estaba centrada en el Pótala. Short no había ido al Tíbet precisamente para hacer de turista. Su objeto consistía en realizar una gestión que, de dar resultado, aclararía muchos de los enigmas que le parecían oscuros. A pesar de todo, presentía la realidad, pero quería conseguir una confirmación fidedigna de los acontecimientos que eran la base para esclarecer el misterio.

Lentamente, alcanzó la base del Pótala. Los ламas abundaban por todas partes. Short ascendió por una de las escaleras que conducían a la puerta principal. Un lama de aspecto mesurado y distinguido salió a su encuentro.

—Te conozco, Short Bengy —dijo el lama.

Short juntó ambas manos y se inclinó ligeramente.

—*Om mani padme hum* —recitó la antiquísima fórmula de salutación—. Mis ojos reciben un gran calor de alegría al contemplar el rostro de un amigo, Hasang Kampa.

El lama se inclinó también.

—Es lo mejor que podía escuchar —contestó—. Mis oídos han recibido el sonido más agradable escuchado en muchos años. *Om mani padme hum, Short.*

—Soy un visitante egoísta. No he venido sólo para refrescar una antigua amistad, sino impulsado por móviles despreciables. ¿Qué haría yo para conseguir tu perdón, Hasang?

—Lo tienes ya, Short; vengas a lo que vengas, siempre eres bien recibido. Pero, ¿no quieres entrar en mi habitación? Allí hablaríamos con más tranquilidad...

—Hasang, lo que tenemos que hablar se dice en cuatro palabras. Quiero ver al Dalai Lama.

Pese a su habitual impasibilidad, Kampa no pudo por menos de hacer un leve gesto de sorpresa.

—Tu viaje debe de tener motivos muy graves, cuando solicitas una entrevista con el Sabio de los Sabios —dijo.

—Los tiene, Hasang; y si quieres, te los explicaré también a ti, puesto que sé que eres amigo y los amigos no traicionan, porque la amistad es, ante todo, discreción. ¿Me equivoco?

Kampa sonrió muy suavemente.

—Ven a mis habitaciones —insistió. Y Short ya no encontró

causas en las que apoyarse para emitir una negativa.

Short sabía que en Lhasa debía armarse de paciencia. Por ello no le extrañó tener que aguardar casi dos semanas, antes de que su amigo viniera con el grato mensaje deseado desde su llegada:

—Su Suprema Sabiduría te recibirá hoy, dentro de una hora —anunció, agregando a continuación—. Debe apreciarte mucho, porque hay quienes esperan una audiencia desde hace años incluso y todavía no han conseguido ser recibidos por él.

—El Dalai Lama es muy amable, Hasang, y tú conoces tan bien como yo los motivos de su amabilidad —contestó el forastero.

* * *

La habitación, cálida, espaciosa, estaba sumida en una suave penumbra. De un pebetero se elevaban perfumadas volutas de humo de incienso y otras sustancias aromáticas. En otro rincón, una lámpara de aceite, sobre un alto pedestal, ardía con una llama absolutamente inmóvil, como si el fuego fuese una cosa sólida.

Short estaba sentado sobre los talones, con las manos en las rodillas, sin mirar directamente al anciano que tenía frente a sí, en un estrado, rodeado de blancos cojines de seda brillante y oscura. El rostro del Dalai Lama permanecía casi en la obscuridad.

Su voz era muy débil, pero sonaba sorprendentemente clara en el cerebro del visitante.

—Sí, recuerdo al hombre —dijo el Dalai Lama—. Vino aquí hará unos quince años. Estuvo casi doce con nosotros. Hubiera llegado a la perfección absoluta, pero, de repente, se marchó.

—¿Sin dar explicaciones de su conducta?

—Hijo mío, aquí no se pregunta ni al que llega ni al que se va. Todo el mundo es libre de venir y quedarse o marchar cuando se le antoje, sin que a ninguno se le ocurra coaccionar su voluntad.

—Entiendo —dijo Short—. ¿Puedo seguir preguntándote?
El Dalai Lama sonrió.

—Todo lo que quieras, hijo mío —accedió.

—¿A qué grado de perfección había llegado ese hombre?

—Ya he dicho antes que casi absoluta.

—¿Hasta el punto de poder disociar la carne del espíritu y seguir viviendo?

—Sí. Aprendió rápidamente, todo es preciso decirlo. Yo diría que era un hombre naturalmente predispuesto para ello, pero no acabo de comprender por qué no se quedó aquí a vivir en la paz definitiva, en lugar de arrojarle al mundo agitado y revuelto del exterior.

—Yo podría explicártelo con más detalle, sobre todo si me permitieras revisar los archivos de hace seiscientos años. Con la ayuda de mi buen amigo Hasang Kampa, naturalmente.

—Seiscientos años —repitió el Dalai Lama.

—Aproximadamente, quizá algunos más... Cuando aquellas naves extrañas llegaron del cielo y sus habitantes se aposentaron en estas tierras.

Sobrevino una pausa de silencio. Short callaba, sabía que no podía interrumpir las meditaciones de su interlocutor.

El Dalai Lama habló al cabo de unos minutos:

—Entonces, cuando ese hombre vino aquí, no se nos ocurrió que podía ser uno de los que vinieron en aquellas naves —dijo—. Mejor dicho, uno de sus descendientes. Ello explica su llegada, pero no su marcha.

—Yo puedo decirte los motivos de su marcha —manifestó el visitante. Y los expuso acto seguido.

—Terrible, terrible —dijo el Dalai Lama consternado, cuando hubo conocido la verdad—. Nunca pudimos imaginarnos...

—¿No se os ocurrió penetrar en su mente?

—Un ser humano no debe penetrar en la mente de otro, a menos que éste lo permita.

—Sí, entiendo. Así pudo mantener ocultos sus propósitos.

—Tú quieres frustrarlos, ¿no es cierto?

—Deseo la paz, señor.

—Tendrás mi apoyo, hijo mío.

La mano del anciano se movió ligeramente. Short comprendió que la audiencia había terminado.

—*Om maní padme hum* —saludó.

—*Om maní padme hum* —contestó el Dalai Lama, quien repitió—: Tendrás mi apoyo.

Short abandonó la estancia. Kampa aguardaba en la antecámara.

—Por lo que veo en tu cara, ha resultado una entrevista fructífera —sonrió el tibetano.

—Altamente fructífera —confirmó Short—. Su Magnificencia se ha portado conmigo maravillosamente.

—Te debía algo, como te lo debíamos todos. No podemos olvidar al hombre que detuvo y recobró las joyas robadas por aquel ladrón.

—Fue algo que hice con inmenso placer, Hasang.

—El valor de las joyas es grande, pero más lo es su valor sentimental. Fueron labradas hace miles de años por hombres que dejaron en ellas todos sus conocimientos y lo hicieron para la paz y la felicidad del pueblo tibetano.

Un gong sonó suavemente de pronto.

—Me llama su Suprema Sabiduría —dijo Kampa.

Short permaneció en la antecámara. Kampa entró, para salir a los pocos minutos.

—Estoy a tus órdenes —anunció sencillamente.

—Entonces, ¿vamos a los archivos?

Kampa rió sin estridencias.

—¿Qué prisas tienes? —exclamó—. Hoy ya es muy tarde. Ven a mi alojamiento y cenaremos juntos. Tenemos jugos de frutas, verduras, pierna de cordero y vino de bayas. El vino fue elaborado hace ochenta años. Un dedal de ese maravilloso líquido equivale a una botella del más exquisito vino de Occidente.

—Hasang, veo que también tú aceptas ciertos placeres que no son del espíritu precisamente —comentó Short con acento jovial.

—Lo malo de los placeres es tomarlos inmoderadamente —

contestó el lama con aire sentencioso—. Pero el mayor de todos es estar con un buen amigo y conversar con él apaciblemente.

—De eso no me cabe la menor duda, Hasang —contestó Short.

CAPITULO XIV

Estiró los brazos voluptuosamente y luego emitió un bostezo descomunal. Luego apartó a un lado las ropas de la cama y se puso en pie.

Se duchó. Parecíale mentira haber vuelto a su casa, pero allí estaba, fresco y descansado, después de largas horas de viaje.

Al terminar, se secó y se vistió con un holgado mono casero, de pantalones cortos. La máquina había preparado ya el café y se sirvió una taza.

Estaba terminándola, cuando sonó el zumbador del videófono.

El bello rostro de Cynthia apareció de inmediato en la pantalla.

—¡Short! ¡Por fin ha vuelto! —exclamó la joven—. ¿Dónde ha estado metido todas estas semanas? Tres largos meses, sin saber de usted...

El policía sonrió.

—Cynthia, he estado trabajando en el caso —manifestó

—Pero permaneció fuera y no tenía noticias tuyas... Oh, todos los días le llamaba varias veces...

—Me convenía mantener mi paradero en secreto.

—¿Por qué, Short?

—Hace algo más de seiscientos años, varias astronaves, en las que viajaban los últimos marcianos, llegaron al Tíbet. Puesto que provenían de un lugar donde el oxígeno era muy escaso, resulta lógico que aterrizasen allí, a más de cuatro mil metros de altura, en una región no diré que parecida a Marte, pero sí la más adecuada para aclimatarse a vivir en la Tierra. Es de presumir que antes de realizar el viaje, enviaran alguna nave exploradora; las crónicas de aquel tiempo recogen el hecho de manera indudable.

—¿Cómo lo sabe usted?

—He examinado los archivos del Pótala, con la ayuda de un lama buen amigo mío, quien me tradujo los rollos del pergamino en los que se cuenta la historia. También encontré una relación de nombres, de todos los viajeros y sus familias.

Cynthia se puso seria de pronto.

—Siga, Short —pidió con voz ronca.

—Entre los viajeros, figuraba un Tichius Wyzur, su esposa y dos hijos. Los Wyzur vivieron en Lhasa casi doscientos años. Luego, en Calcuta, encontré, en un archivo público, el nombre de Ghamwa Wyzur, el que emigró ciento cincuenta años después a lo que hoy es Líbano. Allí, Ghamwa hizo una gran fortuna y su hijo mayor, cincuenta años más tarde, viajó a Estados Unidos y se afincó allí. El nieto de Ghamwa casó con una nativa de este país, y su primer hijo se llamó Robert. He podido seguir la genealogía hasta Daniel Wyzur...

—Mi abuelo —confesó Cynthia.

—Sí, pero Daniel no tuvo hijos varones. He podido averiguar, sin embargo, que Nancy, la hija, fue autorizada a casarse con tal de que su marido consintiera en que el apellido pudiera continuar en su descendencia. Pero Nancy Wyzur y su marido no tuvieron más que una hija: usted.

Ella inspiró con fuerza.

—De modo que ya lo sabe todo —dijo.

—Sí puede decirse que sí lo sé.

—Estoy segura de que empezó a conocer la verdad hace tiempo. ¿Cuándo, Short?

—Cuando alguien me dijo que el apellido Wyzur significaba «Espada». Ustedes, y esto lo encuentro lógico, tradujeron la palabra al inglés, lo que, en medio de todo, no tiene importancia. Pero hubo otra cosa que me aproximó más todavía a la verdad.

—Dígamelo, Short, por favor.

—La decoración de su casa. Es un estilo totalmente marciano.

Cynthia sonrió.

—¿Le molesta que yo sea una marciana? —preguntó.

—¿Es usted una marciana?

Ella dudó.

—Los Wyzur, ahora Sword, llevamos más de seis siglos establecidos en la Tierra —contestó.

—Cynthia, usted tiene que pensar una cosa: no es ni marciana ni terrestre. Simplemente, pertenece a la raza humana.

—Es cierto —convino ella—. Oiga, hay algo que no he sabido jamás. Ciertas tradiciones se han transmitido oralmente, de padres a hijos, pero jamás he conseguido averiguar qué pasó con las astronaves que transportaron hasta el Tíbet a los últimos marcianos.

—Primero llegaron a una cordillera muy elevada. Luego, a medida que se habituaban no sólo a la atmósfera más densa, sino a la gravedad terrestre, fueron descendiendo, hasta asentarse en Lhasa. Pero aquella región ha sufrido muchos terremotos, algunos de los cuales han cambiado por completo el aspecto de vastas zonas. Las astronaves quedaron sepultadas por un alud de miles de millones de toneladas de roca.

—Entiendo. Short, quiero pedirle una cosa.

—¿Sí, Cynthia?

—Venga a cenar conmigo esta noche.

—Será un placer —aseguró él. Y juntó las manos para emitir el saludo de despedida—. *Om mani padme hum* —recitó.

—¿Qué dice, Short? ¿Qué significan esas palabras?

—¿Cómo? Usted, en cierto modo, desciende de tibetanos. ¿Ignora su significado?

—Yo no desciendo de tibetanos...

—En su genealogía hay nada menos que cinco esposas tibetanas de otros tantos Wyzur, Cynthia. Los Wyzur no eran racistas, créame.

—Está bien, pero no creo que deba avergonzarme por ello. ¿Cuál es el significado de la frase, Short?

—*Salve, oh joyel de la flor de loto.*

Cynthia enrojeció vivamente.

—Le espero a las siete y media en punto —se despidió

Short llegó a las siete y veinticinco. La puerta estaba abierta de par en par.

Cruzó el jardín. Cerca de la entrada vio un cuerpo tendido en el suelo. Había sangre en el pecho de la doncella que, ordinariamente, servía el desayuno en el jardín.

En el interior de la casa había tres cadáveres más: el del jardinero, el ama de llaves y otra doncella. Todos ellos tenían impactos de bala de 16 mm de calibre.

De Cynthia no había el menor rastro.

A Short le pareció como si le hubiesen asestado un mazazo. Durante largos minutos, permaneció inmóvil, incapaz de reaccionar frente a la cruda realidad.

Luego hizo trabajar a su mente. Cynthia había sido secuestrada, era algo que saltaba a primera vista.

¿Por quién?

No era tampoco difícil adivinarlo. Lo realmente difícil era conocer el paradero de la joven.

Quizá había alguien que podía indicárselo, aunque no era seguro. De todas formas, se creía en el deber de intentarlo.

Abandonó la casa. Como un último esfuerzo, fue a visitar a Agatha.

—Creí que te habrías olvidado de mí —dijo ella, al verle ante la puerta de su departamento.

—He estado ausente mucho tiempo —contestó Short.

Agatha le miró y vio algo en su rostro que le intrigó sobremanera.

—A ti te pasa algo —adivinó.

—Sí, Cynthia ha sido secuestrada.

Agatha se llevó una mano al pecho.

—¡Espantoso! —murmuró.

Short se acercó al mostrador y llenó dos copas. Agatha bebió la suya con gran avidez.

—Dime, ¿cómo ha sido? —preguntó, cuando se encontró algo más calmada.

—Asesinaron a toda la servidumbre. De ella no hay el menor rastro.

—Pero, no comprendo. ¿Por qué tenían que matar?

—Algunos disfrutaban vertiendo sangre, Agatha.

Short se sentó pesadamente en un diván.

—Te habrás forjado alguna hipótesis —apuntó ella.

—Tú no conoces la verdad por completo..., pero eres la directora mercantil.

—Sí, claro. Conozco a infinidad de gente...

—He estado pensando mucho —dijo Short—. Para mí, el culpable es un tal Keryvan...

—¡Keryvan..., —exclamó Agatha, vivamente sorprendida.

—¿Lo conoces? —preguntó Short.

—Firmó un contrato de transporte con nosotros. Era una sociedad en la que Cynthia tenía una participación importante. Luego, debido a diferencias en su dirección, Keryvan abandonó la sociedad y estableció otra suya, sin participación ajena.

—Creo que entiendo algo —dijo Short—. Quizá sepas dónde tenía Keryvan domiciliada su nueva sociedad.

—En este momento no lo recuerdo, Short; tendría que ir al despacho...

—Andando, Agatha —exclamó, resuelto.

Mientras se dirigían hacia el edificio donde las Espacialíneas Coaligadas tenían sus oficinas, Short continuó haciendo preguntas a su bella acompañante.

Mencionó un nombre. Agatha aseguró conocer al individuo.

—¿Trataste con él? —preguntó Short.

—Sí, en alguna ocasión. Era el segundo de a bordo y también abandonó la empresa que Cynthia adquirió para sí misma.

—Se iría con Keryvan.

—Desde luego.

Media hora más tarde, entraban en las oficinas. Agatha se dirigió resueltamente a los archivos.

—Keryvan vive en Perspectiva 17, 411, 52ª, planta —anunció a los pocos minutos.

—Busca también el domicilio del segundo de a bordo, Silkors.

Agatha lo encontró muy pronto. Short tomó nota de las dos

direcciones y se encaminó resueltamente hacia la puerta.

—Espera, voy contigo —exclamó.

Short la miró fijamente.

—Habrá dificultades —aseguró.

—Cynthia es amiga mía —respondió Agatha llanamente.

—Muy bien, como quieras.

Treinta minutos más tarde, entraban en el departamento ocupado por Keryvan y comprobaban, con no poco desencanto, que estaba vacío.

—Habrá que ir a ver a Silkors —dijo Agatha.

Short asintió. Ya se disponían a salir cuando, de pronto, sonó el zumbador del videófono.

La mano de Short se cerró en torno al brazo derecho de Agatha.

—Contesta tú —indicó—. Muéstrate seductora, di a quien sea que tenías una cita con él y que estás hartándote de esperarlo, y que si no viene, te largarás... El papel de mujer chasqueada por su amigo, ¿entiendes? Agatha sonrió.

—Déjalo de mi cuenta —murmuró. Y se acercó al videófono.

El rostro de Silkors apareció de inmediato en la pantalla.

—Hola —dijo Agatha, con la mejor de sus sonrisas.

CAPITULO XV

Silkors, en cambio, no sonreía.

—Eh, oiga, ¿qué diablos hace usted ahí? —exclamó.

—Esperar a un descortés —respondió ella, a la vez que elevaba los brazos para arreglarse un peinado que no lo necesitaba—. ¿Es que no lo ve?

Los ojos de Silkors parpadearon.

—Él no me había dicho que... Oiga, usted y yo nos conocemos, ¿verdad?

—Agatha Ford. Usted es Silkors.

—Ya. De modo que estaba citada...

—Con un tipo descortés, que, al parecer, me ha dejado plantada. No sé qué hacer...

—Yo pensé que estaría ahí, pero debe de haber salido sin avisarme.

—Ah, tenía que haberle avisado...

—Bueno..., sí... Eso no importa ahora, Agatha. Antes dijo que no sabía qué hacer...

—Claro, ese tonto me ha dejado plantada. Rehusé una invitación por él, y ya puedes ver, estoy desorientada.

Silkors lanzó una risita.

—Mujer, si quieres, yo puedo orientarte —dijo, insinuante.

—¿Cómo?

—Ven a mi casa y seré tu guía.

—Ah, muy bien, perfectamente. Dame la dirección; estaré ahí lo más pronto posible.

Silkors hizo lo que le pedían.

—Estaré ahí dentro de media hora —aseguró ella—. Ya ves por dónde, ahora podré decir que no he perdido el tiempo.

—No lo habrás perdido, te lo aseguro.

La comunicación se cortó. Short apretó el brazo de Agatha.

—Lo has hecho muy bien —elogió—. Ha picado como...

—El cebo no era malo, me parece —dijo ella, entornando

los ojos maliciosamente.

—Estupendo, pero ya discutiremos ese asunto en mejor ocasión. ¡Vamos!

Echaron a correr hacia el automóvil. Mientras se dirigían hacia la casa de Silkors, Short dio determinadas instrucciones a Agatha, a fin de que actuase convenientemente.

—Creo que, de este modo, no sospechará nada hasta el último momento —concluyó sus recomendaciones—. Entonces, será demasiado tarde.

—Espero que todo salga bien —deseó ella.

Treinta minutos después, el vehículo se detenía en las inmediaciones de la casa de Silkors, un edificio pequeño, aislado y rodeado de un pequeño jardín. Agatha se apeó del coche, en cuyo interior se hallaba Short agazapado, para aludir las posibles miradas del ocupante del edificio.

Short vio llegar a Agatha a la puerta, que se abrió de inmediato. La silueta de Silkors se recortó en el umbral iluminado. Luego, el hombre y la mujer desaparecieron en el interior de la casa.

Entonces, Short abandonó el vehículo y se dispuso a sorprender al cómplice de Keryvan.

* * *

—Siéntate ahí, ¿quieres? —dijo Silkors, apenas hubieron terminado los primeros saludos de cortesía—. Voy a servirle una copa, hermosa.

—Muchas gracias —dijo ella—. Oye, tienes una casa muy bonita y decorada con gran gusto.

—¡Psh...! No tiene la menor importancia...

Silkors estaba de espaldas a su bella visitante, manipulando con copas y botellas, frente a un aparador. De pronto, se volvió con una pistola en la mano.

—¡Eh! —gritó Agatha, súbitamente alarmada—. Deja ese chisme; el diablo los carga...

—El diablo soy yo —dijo Silkors, sonriendo perversamente—, pero no temas, no sentirás daño. Sólo se trata de una pistola

que lanza proyectiles narcóticos, ¿comprendes?

—¿Para qué quieres narcotizarme?

—Keryvan no estaba citado contigo. En realidad, ni siquiera está en la ciudad.

Agatha se irguió en el diván. De pronto, sintió un pinchazo en el desnudo brazo izquierdo.

—Estarás narcotizada dentro de un minuto —anunció Silkors—. Por supuesto, verás y oirás perfectamente, pero no podrás moverte.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —inquirió Agatha.

—Lo sabrás dentro de un minuto —insistió Silkors—.

¿Sabes?, Keryvan me llamó a poco de hablar contigo y me anunció su inesperada partida. Entonces fue cuando supe que no estaba citado contigo ni con nadie.

Agatha se puso en pie, pero se sentó casi en el acto. Ya notaba una singular debilidad en las piernas.

Silkors sonreía perversamente.

—Estoy seguro de que colaboras con ese maldito policía que se llama Short Bengy, ¿no es cierto?

Agatha prefirió callar. De pronto, se sintió envuelta en una especie de niebla algodonosa, que difuminaba los contornos de cuantos objetos la rodeaban. La voz de Silkors llegaba a sus oídos como procedente de las profundidades del universo.

—Hriim recibirá hoy un nuevo sacrificio —dijo Silkors con voz cavernosa—. Le gustan las mujeres jóvenes y hermosas.

Un enorme cuchillo brilló en sus manos. Lentamente, avanzó hacia la mujer, que estaba aterrorizada y contemplaba al sujeto sin poder moverse.

De súbito, el cuchillo voló de las manos de Silkors, arrancado por la fuerza irresistible. Silkors lanzó un rugido de rabia, pero apenas medio segundo después se sintió proyectado contra una de las paredes.

—Tranquila, Agatha —dijo Short.

Ella continuaba inmóvil. Short se acercó a Silkors, que permanecía encogido, aturdido en parte, y lo izó a pulso.

—¿Dónde está Keryvan? —preguntó.

Silkors se lamió el labio superior.

—No lo diré... —contestó roncamente.

—Está bien, eso lo vamos a ver ahora.

El puño izquierdo de Short se clavó en el blando estómago de Silkors, haciéndole caer sentado, sin respiración. Short retrocedió un par de pasos y se apoderó del cuchillo de los sacrificios.

Luego volvió junto al individuo y, asiéndole por los cabellos de la nuca, le hizo ponerse en pie.

—Mataste a mi amigo Ray Gallass —dijo aceradamente—. Sólo por eso merecerías la muerte, pero te perdonaré a cambio de que me digas dónde está Keryvan.

—No hablaré... —insistió Silkors.

Short sonrió. Movi6 el cuchillo y rozó ligeramente con el filo la garganta de su prisionero.

Silkors chilló de pánico. El agudísimo filo de obsidiana había trazado una línea roja en la piel de su garganta, de oreja a oreja.

—Es un buen cuchillo; apenas hay que hacer fuerza para degollar a un hombre —comentó Short.

—No..., no me mates... —gimió el prisionero—. Te lo diré todo...

—Muy bien, pero no te soltaré hasta que esté convencido de que no me engañas.

—Keryvan se ha marchado a Marte con Cynthia ...

—¿Por qué? —se extrañó el joven.

—Tiene que estar allí antes del once de agosto...

Short hizo un rápido cálculo. Estaban a fines de junio, de modo que faltaban seis semanas escasas para la fecha indicada.

—¿Tiene algún significado especial esa fecha? —preguntó.

—Sí...

Short sintió que los pelos se le ponían de punta al conocer la verdad. Una ira poco menos que irrefrenable le acometió y estuvo a punto de dejarse llevar por ella y empujar el cuchillo a fondo, pero logró contenerse oportunamente.

—¿Cuánto tiempo dura el efecto del narcótico? —inquirió.

—De diez a quince minutos —contestó Silkors.

—Muy bien.

Short golpeó con la mano y el puño del cuchillo simultáneamente. Silkors lanzó un rugido y se desplomó sin sentido.

—Te lo mereces, por estúpido —dijo Short, como si el individuo pudiera escucharle—. Ayudaste a que Keryvan consiguiera sus propósitos y ya ves el pago que te ha dado.

Ató al individuo con los cordones de una cortina y esperó a que Agatha se hubiera despejado por completo.

—¡Short! —gritó ella, al ponerse en pie—. He estado a punto de morir...

—Lo sé, nena, pero yo vine contigo, ¿lo recuerdas?

Agatha contempló el cuerpo de Silkors y se estremeció.

—¿Ha muerto? —preguntó.

—No. Solamente está desmayado. Ahora llamaré a la policía para que se lo lleven, acusado del asesinato de Ray Gallass. Pero tu colaboración no ha terminado todavía.

—Dime, Short, ¿qué he de hacer?

—Como directora mercantil, tienes facultades en cierto modo excepcionales, ¿no es así?

—Cierto —admitió ella—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Necesito una astronave, sin carga de mercancías y la más rápida que haya en el astropuerto de la compañía. Tú puedes proporcionármela, creo.

—Eso es cosa del director de transportes, pero hablaré con él y te daremos la nave.

—Muy bien, no se hable más.

Short fue al videófono, marcó un número y conversó brevemente con un oficial de la policía. Cortó la comunicación al terminar, agarró el brazo de Agatha y tiró de ella sin contemplaciones.

—Ese director de transportes, imagino, estará en la cama a estas horas y echará pestes cuando lo despertemos; pero no tendrá otro remedio que resignarse. La vida de Cynthia pende de un hilo... y de las casi veinticuatro horas de adelanto que nos lleva Keryvan.

Entraron en el automóvil. Short lo puso en marcha y el vehículo partió como una centella.

—¿Crees que podrás alcanzarlo? —preguntó Agatha, momentos después.

—Lo intentaré —contestó él, ceñudo—. De todas formas, tenemos una ventaja sobre Keryvan.

—¿Cuál es la ventaja, Short?

—Keryvan es un fanático y actuará ahora con arreglo a sus convicciones más estrictas. De haber sido un poco más flexible, como ya lo fue en cierta ocasión, Cynthia no estaría viva a estas horas.

—Y tú esperas salvarla.

—Si muere, ni todo el sistema solar será suficiente para que Keryvan pueda esconderse, porque iré tras él mientras viva —contestó Short rotundamente—, ¿No sabes por qué rompieron Cynthia y Keryvan?

—No, ella no me lo dijo nunca.

—Los puntos de vista eran inconciliables. Sencillamente, Cynthia no era partidaria de ceremonias idolátricas con sacrificios humanos, que Keryvan pretende resucitar.

CAPITULO XVI

Short consultó la hora, mientras avanzaba en su automóvil marciano, a través del Paso del Norte, dirigiéndose hacia el Sur, rumbo a Kawanji. Había juzgado más conveniente aterrizar en un lugar diametralmente opuesto del que ocupaba la futura ciudad que se construía en Punta Norte, y, además, absolutamente desierto, a fin de poder contar con el factor sorpresa.

Los nervios le consumían vivo. El reloj de pulsera tenía calendario y horarios terrestre y marciano. Según sus indicaciones, faltaban muy pocos minutos para el comienzo del once de agosto terrestre.

Las laderas del paso eran amplias, de suaves pendientes. El suelo, sin embargo, no permitía una velocidad excesiva.

El cauce del río quedaba a unos ciento cincuenta metros más abajo. Debido a la oscuridad Short debía llevar encendidos los faros del vehículo, lo cual era otro factor limitativo de la velocidad.

Atravesó el paso y emprendió el descenso hacia desniveles inferiores del valle. De pronto, advirtió una leve claridad en el cielo.

Una sonrisa apareció en sus labios. Era un fragmento de los anillos de Saturno, algún colosal bloque de hielo, situado ya en órbita marciana, para irradiar la superficie del planeta.

Aquella débil iluminación era suficiente para poder rodar sin el concurso de los faros. Puesto que el motor era eléctrico, la marcha del vehículo resultaba totalmente silenciosa.

De pronto avistó a lo lejos las ruinas de Kawanji. Los arqueólogos, supuso, estarían durmiendo en su campamento.

Era mejor, se dijo, mientras avanzaba ahora más lentamente. Ya habían transcurrido dos horas del once de agosto. En Marte amanecería antes de cuarenta minutos.

Diez más tarde, detuvo el coche detrás de las ruinas de un

edificio que había tenido en tiempos notables proporciones. Luego, cautelosamente, avanzó paso a paso hacia la gran plaza central.

La pirámide de los sacrificios apareció ante sus ojos. No era muy alta, apenas si se alzaba veinte metros por encima del nivel del suelo, pero era visible desde cualquier ángulo.

Había dos personas en la cúspide, junto al gran bloque de piedra, que reposaba sobre la cúspide. El bloque tenía una acanaladura en uno de sus lados, de siniestro significado, además de dos argollas de piedra en cada costado.

Keryvan estaba atando a Cynthia al bloque de granito. Al terminar, miró a lo lejos.

Todavía no se divisaba ninguna luz sobre las colinas del Este. Short comprendió los motivos de la mirada: en Marte, el crepúsculo apenas existía. El sol, aunque en aquellos momentos se hallaba a unos doscientos ochenta kilómetros, no dejaría de aparecer en el cielo.

Entonces, Keryvan consumaría el siniestro sacrificio a su sanguinaria deidad.

Cynthia permanecía absolutamente inmóvil, sin hablar ni hacer ningún gesto de protesta. Short calculó que Keryvan debía de haberle propinado alguna droga, que la había reducido, cuando menos físicamente, a una total impotencia.

Probablemente, Cynthia se sentía completamente consciente de su situación, lo cual aumentaría más el horror en su espíritu. Pero esta vez, Short no había ido desprevenido.

Ni tampoco usaría proyectiles simplemente aturdidores. En las manos sostenía un rifle pesado, que disparaba proyectiles de alta velocidad y 18 mm de calibre. Keryvan no parecía tener prisa y esperaba en la glacial amanecida de Marte.

Era preciso acabar de una vez. Short salió a terreno descubierto y apuntó con el rifle al fanático sacerdote de una sangrienta secta.

—¡Keryvan, tire el cuchillo o le mataré! —gritó.

El fusil estaba provisto de un visor telescópico que, en realidad, era una diminuta pantalla de televisión de diez centímetros de lado, dotada de mando de aproximación y complemento de infrarrojos para ver en la oscuridad. A través del aparato, Short pudo ver el rostro de Keryvan, como si lo tuviese a un par de pasos de distancia.

La cara de Keryvan estaba encuadrada justamente por la cruz filar de puntería. Con el pulgar izquierdo, Short presionó un mando del visor justo cuando la intersección de las dos líneas del visor estaba en el labio superior de Keryvan. En aquel puntito apareció una luz anaranjada. A partir de aquel momento, la puntería estaba hecha. Aunque Keryvan se moviese, el cañón del rifle seguiría inexorablemente sus movimientos y la bala alcanzaría de modo infalible en el blanco asignado.

Keryvan se volvió, con las facciones contraídas por la ira.

—¡Bengy! —aulló.

—Yo mismo —confirmó Short, impasible—. Tire el cuchillo o dispararé.

Keryvan se echó a reír.

—¿Tú? ¿Disparar contra mí? ¿Es que no conoces mis prodigiosas facultades?

—Las que adquirió durante su estancia de doce años en Lhasa, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —rugió el individuo.

—Usted ha obrado bastante bien, según sus planes, claro está, pero con un deficiente servicio de información. De otro modo, habría sabido de mi amistad con Su Suprema Sabiduría, el Dalai Lama, y con Hasang Kampa. Ellos me contaron muchas cosas, incluyendo la arribada de las astronaves a la Tierra, con los últimos marcianos.

—¡Ahora hemos vuelto! Retornamos de nuevo a nuestra vieja patria, a nuestras viejas costumbres... Esta estúpida lo hizo posible y ella será la primera en morir por Hriim...

—Keryvan, Cynthia no morirá, ni aunque se habite Marte de nuevo no volverán los sacrificios humanos. Eso es algo que pertenece al pasado y no se puede resucitar un pasado de

sangre. Eran muchos ya los que detestaban su religión, la inmensa mayoría, por decirlo así, y los Wyzur formaban parte de los que se oponían a unos hechos tan insensatos como criminales. Marte renacerá, pero en paz y sin sangre..., excepto, tal vez, la suya y para que no se derrame otra jamás.

Keryvan lanzó una tonante carcajada.

—¡Cynthia morirá! ¡Hriim acogerá con alegría su sacrificio y nos protegerá de todos los extranjeros que quieren vivir en un lugar que no les pertenece! —clamó.

—Keryvan, no hay terrestres ni marcianos; sólo seres humanos. Y, por última vez, suelte el cuchillo o haré fuego. Sus facultades no servirán de nada contra una bala de mi fusil, créame.

—Aprendí mucho en Lhasa, te lo aseguro...

—Pero ha necesitado una astronave para llegar hasta aquí —se burló Short.

—Yo podía haberme teleportado y acaso también a Cynthia, pero ella hubiera muerto durante el viaje. Y el sacrificio debía realizarse aquí, ¿comprendes?

—Eso no es lo que pensaba cuando intentó degollarme en mi casa —alegó el joven.

—No podía perder tiempo entonces. Ahora, dentro de unos minutos, en el calendario marciano, será la fiesta de Hriim. Pero tú no verás el nuevo amanecer. ¡Elévate, Short Bengy! —gritó Keryvan, a la vez que alzaba los dos brazos—. Vamos, elévate; subirás hasta el espacio y allí morirás helado. Luego caerás de nuevo y tus restos se esparcirán como polvo cósmico. ¡Elévate, elévate!

Short sintió que una fuerza irresistible le hacía separar los pies del suelo. Trató de oponerse, pero todo fue inútil.

De repente, oyó una voz lejana, que sonaba en el interior de su cerebro:

—NO TEMAS. TIENES MI APOYO, HIJO MIO.

El cuchillo se desprendió de sus dedos sin fuerza y rebotó al pie del altar. Los pies del fanático se despegaron del suelo.

Empezó a subir pese a sus alaridos de furor y de pánico. Subía y subía y, de repente, se disparó hacia arriba a toda

velocidad, dejando tras de sí una estela de sonido que se expandió lúgubrementemente por las ruinas de la ciudad muerta.

Volvió el silencio. Short pensó en su amigo, el Dalai Lama.

—GRACIAS —dijo mentalmente.

—TUS INTENCIONES ERAN BUENAS; POR ESO TE AYUDE —contestó el Dalai Lama desde millones de kilómetros de distancia—. SIGUE SIEMPRE ASI, SIGUE SIEMPRE HUMANO Y ALCANZARAS LA FELICIDAD.

La voz se extinguió suavemente. Short sintió en su interior una gran placidez.

Avanzó hacia la pirámide. Cogió el cuchillo y cortó las ligaduras que aún sujetaban a la joven.

Cynthia, libre de la maléfica influencia de Keryvan, le dirigió una ardiente mirada.

—Hablabas con alguien, Short —dijo.

El joven sonrió.

—¿Lo has oído? —preguntó.

—Sí. Era una voz muy amable, muy apacible...

—Ya te contaré luego.

Cynthia quedó liberada. Short se inclinó, recogió el abrigo caído en el suelo y se lo puso, para librarla del frío.

Los primeros rayos del sol iluminaron la tétrica pirámide donde no se celebrarían ya más sacrificios humanos. Short tenía en las manos el cuchillo de obsidiana. De pronto, lo arrojó contra una piedra. El cuchillo se partió en mil pedazos, con un ruido casi musical.

Súbitamente, un agudo silbido cayó de las alturas. Una cosa cruzó la atmósfera a toda velocidad y se estrelló en el suelo, a cincuenta pasos de la pirámide.

Short corrió unos instantes hacia allí, pero no completó el pequeño viaje: a diez pasos de distancia reconoció en aquella informe masa, aplastada por el choque desde cientos de metros de altura, a un fanático que había querido volver a un pasado diabólico.

Regresó junto a Cynthia y pasó un brazo por sus hombros.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, muy bien.

—Vamos, querida.

Echaron a andar. Alguien vendría a recoger los restos del fanático.

* * *

Desde el borde del acantilado de Punta Norte, contemplaban el valle. Los trabajos continuaban con toda normalidad.

—Short, tienes que pasarme la factura —dijo ella, de pronto.

—Si estás dispuesta a pagar...

—Cualquier precio, ya te lo dije una vez.

—Entonces, déjame quedar aquí, a tu lado.

Cynthia sonrió dulcemente.

—¿Quieres ser un marciano? —preguntó.

—¿Habrá aquí marcianos o seres humanos?

—Tienes razón, pero no dejarán de llamarnos marcianos...

—El nombre no importa, mientras sigamos siendo los mismos.

—Es cierto. Bien, acepto tu... factura.

—A tu lado, Cynthia.

—Sí, Short, a mi lado.

Los ojos de los dos jóvenes contemplaron largamente el Pequeño Valle Azul.

Sería una labor dura, ardua, un desafío lanzado al futuro, devolver a Marte el agua y el oxígeno perdidos siglos antes. Pero ahora tenían los medios necesarios para conseguirlo.

Vendrían gentes de la Tierra, trabajarían para hacer habitable el planeta, lucharían y sufrirían, y un día recibirían la recompensa de su labor.

—El valle, con agua y árboles —murmuró Short—. Eso está todavía muy lejos.

—Pero lo veremos, querido —aseguró Cynthia.

Short asintió.

—Quizá. Y si no, lo verán nuestros hijos o sus hijos, porque

trabajaremos para ellos, trabajaremos para el futuro —declaró, sinceramente convencido de lo que decía.

Una vez más, su mirada recorrió el valle, desde el punto en que se edificaría Nueva Kawanji, lejos del lugar donde siglos antes había imperado una bárbara religión, que un fanático había querido revivir de nuevo. Ya no habría más impedimentos para que llegasen los pertrechos básicos que se necesitaban en Punta Norte. Las ruinas, pensó Short, quedarían para los arqueólogos y estudiosos.

Empezó a llover. Arriba, a decenas de kilómetros, alguien arrojaba fragmentos de materia, que contenían el elemento líquido vital para resurgir de Marte. A Short y a Cynthia, aquella lluvia les pareció anuncio de un futuro venturoso y pacífico.

F I N